

ÁNGEL ALONSO ÁLVAREZ



vebor

LA SALIDA DEL
LABERINTO

IAF
INSTITUTO DE
AUTOMÁTICA
Y FABRICACIÓN
(COGNOMÁTICA)

¿QUIÉN CALZA CALCETINES O MEDIAS DEL REVÉS?

Prólogo para un calcetín



EXPERIMENTAMOS ansiedad con eso que llamamos «realidad» y que nos gusta descomponer hasta dejarla reducida a un conglomerado de materia inanimada que, posteriormente, combinada con acierto y omnipotencia, modelamos a placer. La «realidad» de Aristóteles era continua y se podía trocear en pedazos cada vez... cada vez más pequeños hasta llegar, imaginamos, a la «nada». ¿Son los matemáticos aristotélicos? De momento, son los únicos que entienden, eso dicen, de «ifnito» y «nada». Comprensión que escapa al resto de mortales.

¿Desde Aristóteles hasta hoy se han producido cambios? Los matemáticos no lo han hecho, siguen a pies juntillas, con adoración, a Aristóteles. Los físicos, los matemáticamente inspirados, siguen buscando trozos cada vez más pequeños e imagiando que los encuentran. La metáfora «**conglomerado de materia inanimada**», como evocación de realidad desestructurarla, científicamente desestructurada, aislada en sus partes más pequeñas, es la «metáfora», la «gran metáfora», la número uno, de la astrofísica, de la vida, de la ciencia, de nuestra cultura, de nuestra civilización.

Poco importan nuestras convicciones, las que fueren, menos importa nuestra adscripción intelectual a un área de conocimiento, no importa nuestra edad, nuestro sexo o raza, porque sin excepciones todos es-

tamos adscritos a la «gran metáfora» de nuestra era, la que utilizamos para referirnos a la «realidad»:

«conglomerado de materia innaimada», dispuesta a ser combinada con acierto y omnipotencia, a voluntad, por nuestra especie»

Acabo de describir, y lo tengo por cierto, la gran fantasía de nuestra era: **tener el control**. Y sugiero que se otorgue a la expresión «ansiedad» su versión más fisiológica: estado de alerta significativo, de gran excitación de nuestro sistema periférico. Un error en los cimientos es costumbre que haga peligrar la estabilidad completa del edificio. ¿Aristóteles dijo, sí o no, una bobada? Hecha la pregunta añado que no permitiré, bajo ningún concepto, nterpretaciones que den por cierto que pongo en duda la sabiduría (contextual) de Aristóteles. Los físicos, los que se hacen llamar cuánticos, advierten a quien quiera escucharles, que la física no se deja inspirar por la intuición, que no pertenecería, al perecer, a la «realidad». Sabemos, al contrario, desautorizando a los «cuánticos» que los «estados de percepción» se desarrollan a la misma velocidad que lo hace el conocimiento. ¿Pertenece, sí o no, los estados de percepción a la «realidad»?

La resistencia que opone nuestra era, nuestra civilización, a considerar la expresión oral y escrita un recurso que utiliza la naturaleza, esto es, un instrumento, una herramienta, para irradiar su conocimiento, para expresar su «estado de consciencia», es muy visible y podría constituir otro error que afecta a nuestros cimientos. Aceptar que es un error incluye derrumbar la «gran metáfora», la que, graciosamente, nos convierte en omnipotentes, en desafiantes.

Rebajar el «lenguaje» a tallercito, a un conjunto de herramientas (destornillador, alicates y poco mas) que el operario agrupa en la cintura, no parece del agrado de cierta parte de nuestras élites. Aceptar que la expre-

sión oral y escrita es un instrumento de la naturaleza incluye, claro está, derrumbar al «**lenguaje (idioma) que nos hace dioses**», haciéndole descender muchos escaños y enteros para convertirse en un conducto que utiliza la naturaleza para que nuestra especie, de momento, se malentienda o pocoentienda.

Los idiomas hablados y escritos que hoy conocemos, por la antedicho, porque nos hacen dioses —«*Dios es el verbo, el verbo se hizo hombre y habitó entre nosotros*»—, han sido blindados y bañados en chocolate. Poseen arquitecturas sintácticas, formales, simbólicas que se custodian en cajas fuertes, impenetrables y refrigeradas (impidiendo que el chocolate derrita). Poseen los idiomas hablados y escritos dos atributos, que fascinan a nuestra civilización:

1. **Nos hacen Dioses.** *Creamos palabras que nos gusta creer, que por sí mismas, crean realidad).*
2. **Permiten el equívoco.** *De gran utilidad para los momentos en que necesitamos descansar de ser dioses. La mayor parte del tiempo y la parte del tiempo en la que no desvariamos).*

Nos permiten algo más que la ambigüedad calculada, nos permiten, directamente, el equívoco. ¿Es sorprendente que ambos atributos sean contradictorios entre sí? No. Las idolatrías no requieren rigor científico alguno. La marca de la soberbia está esparcida por doquier, la del conocimiento, si se me exige sinceridad, tengo que reconocer que atraviesa por momentos difíciles. No digo que malos, digo que controvertidos.

La Humanidad, en el tiempo presente, prefiere imaginar el «lenguaje», la expresión oral y escrita, como un conocimiento estanco, preexistente, anterior al hombre y, quién sabe, anterior a la naturaleza, a la existencia del universo, anterior, sirva la metáfora, a ese hito cósmico, primigenio, que los físicos han dado en llamar el Big-Bang (otra metáfora). Un hito que hemos podido aprender, por gracia celestial del «lenguaje»

je», debido a que preexiste y de origen ignoto. Otorgar al «lenguaje», a las palabras, a su feliz combinación, la facultad de urdir conocimiento, es convicción que sostienen las élites y, asimismo, con seguidismo, las masas. Un poder, el de las palabras, dicho sea, de origen misterioso, desconocido y en el que nadie, al parecer, necesita reparar o detenerse. ¿Cómo es posible que una civilización en apariencia tan curiosa no necesite desentrañar el misterioso poder de las palabras —si fuera cierto— para urdir conocimiento?

¿Cabe la conjetura de que nadie necesite desentrañar dicho poder para no contravenir la encarnadura idolátrica de sus convicciones y... ahora sí, digamos la verdad, para no desenmascarar tan burdo fraude? Es una hipótesis que, aunque no deje en buen lugar a nuestra especie, mucho conviene detenremos en ella, ahondar en su significado.

IDOLATRÍA que funda el Universo

La edad que me acompaña, el tiempo transcurrido, me han conducido, inexorablemente, a una conclusión que ya formulé en el ensayo *'Idolatría en las matemáticas'*: nadie quiere reparar en el portentoso poder de las palabras, de origen desconocido, para urdir conocimiento, para no perturbar, cuesta decirlo, sus convicciones idolátricas. Hablo de un culto, imperceptible, nada visible, emboscado en una maraña de atrabiliarias certezas y, sin embargo, de furiosas consecuencias.

El contenido material del Big-Bang, el fenómeno físico que desencadena, de creer a los que afirman que las palabras crean conocimiento, es algo que añade el que utiliza la expresión. Y siguiendo el rito, el culto idolátrico, primero se crearía la expresión 'Big-Bang' para que pueda existir, a continuación, la supuesta explosión primigenia, el hito cósmico. La idolatración

del «lenguaje», como entidad preexistente, es bastante más, nótese, que una conjetura. Es idolatría que usamos para fundar el universo y el conocimiento.

¿Existen los calcetines de doble cara, reversibles? No. Es una prenda que soporta mucho peso y abrasión y es receptora de numerosos fluidos que producen las gándiulas sudoríferas al servicio de la transpiración. No existe —de momento— el «calcetín reversible», existe el calcetín de repuesto, los que forman parte del fondo de armario o de nuestro equipaje. Los «calcetines reversibles», no obstante, pueden existir como metáfora, accidentalmente eficaz, para referirnos a la falta de higiene. Podemos decir de una persona que usa «calcetines reversibles» y evocar su baja disposición a la higiene de su tren inferior. Decimos también, por ejemplo, que parte de nuestras élites calzan con delectación «calcetines y medias del revés», por la facilidad con la que invierten el cabal sentido de las cosas.

En algún lugar, en fechas remotas, alguien emitió el sonido compuesto «va/ca» y, posteriormente, buscó una cosa o animal para dotar de contenido al gracioso «sonido compuesto». A mayores, creó el ungulado, con cuernos, para rentabilizar su sonido compuesto «va/ca». La escena debe servirnos para explicar el culto idólatrico al lenguaje. Idolatría que se ensancha cuando ni siquiera se requiere que el sonido compuesto «va/ca», sea inventado porque preexiste. «Calzar del revés medias o calcetines», de nuevo, es metáfora que nos permite evocar al que con tanta facilidad quiebra el orden de las cosas, de manera imperceptible. ¿Quién es capaz de reconocer que otro calza las medias o calcetines del revés?

¿Es cierto que el lenguaje nos antecede? ¿Es cierto que no existe evolución del hombre de su «estado de consciencia», sino evolución previa de su lenguaje? ¿Qué es primero, el lenguaje o el «estado de consciencia»? La única evolución que parece interesar a los que

rinden culto idolátrico al «lenguaje» es, estrictamente, la de la expresión oral y escrita, formalizada tal como la conocemos y tal como la estamos usando en estos momentos, porque la del hombre no es más que su pálida sombra, epifenómeno o circunstancia accidental del «lenguaje». ¿Le es dado al «lenguaje» poseer motores misteriosos, ocultos, desconocidos para el hombre, de raíces y encarnadura esotérica, que invitan a su culto? Nadie desea contestar a dicha pregunta, prefieren omitirla, darla por no escuchada y seguir calzando «sus medias o calcetines del revés».

Sin un tipo inicial de percepción, de «estado de consciencia», los «significados» carecen de oportunidad, no pueden acontecer. Y si lo hacen, entonces, es cuando hablamos del «lenguaje» como idolatría. Existiendo un tipo inicial de percepción, de «estado de consciencia» apto para ser compartido, lógico es pensar que tal «estado de consciencia» forme parte del contexto con su específico protagonismo. Y nos referimos a un «estado de consciencia» del que, por supuesto, y quizá primero que nadie, manifiestan un artista, un pensador o un científico, pero también el hombre común. La forma más degenerada de idolatría es atribuir al «lenguaje» la facultad de preexistir y corresponder a los hombres la tarea de ir aprendiéndolo al mismo ritmo que se nos revela. Un «lenguaje» irradiado por algún astro o poder supraterrrenal.

Cuándo se observa el cauce de un río sobre un lecho de terreno, con sus orillas y riberas, experimentamos un estado de percepción en el que intervienen nuestros sentidos y la aprensión de lo que es un río, con sus bondades y amenazas y el servicio que nos brinda, individual y colectivamente. Un «río», percibido, tiene el valor que en cada época le atribuimos. Es algo más que agua que fluye cambiando de forma, es riqueza, sustento, vida, amenaza. Es, bastante más. Su significado es evolutivo. El río es percibido como algo

propio con el que tenemos vínculos y en el que participamos. Y la percepción que del río tienen otras especies animales, desaloja un «estado de consciencia» distinto al que tenemos los humanos.

Al percibir y poseer un «estado de consciencia» sobre lo que percibimos, incorporándole atributos, estamos gestando una representación figurativa. Nos lavamos y refrescamos en el 'río', regamos con sus aguas nuestras tierras, sus aguas se alborotan con la lluvia y el deshielo y se calman con el calor. El lenguaje en su fase original, siempre tiene una misión figurativa, representativa. Más adelante, gradualmente, nos distanciamos de las representaciones figurativas y las comparamos, estableciendo analogías y divergencias. Contemplamos las representaciones de manera separada a nosotros mismos. Es una etapa en la que se establecen similitudes, contrastes y preferencias. Pero existe otra estación, más sofisticada, en la que nos disponemos a analizar las representaciones y su utilidad para nuestro cerebro, para nuestra vida, cuando acopiamos reflexión y nos permite deducir, léase:

1. *El río es esencial para la vida.*
2. *El río es energía.*
3. *En el río se pueden pasar buenos ratos.*
4. *El río no obedece...*

El «estado de consciencia» es un proceso temporal, con cuatro estaciones significativas, interoperando sin descanso:

1. **Percepción.** *Explosión perceptiva con huella fisiológica. Intervienen todos los sentidos para atrapar, en este caso, el 'río' y provocar un registro en nuestra memoria a corto, medio y largo plazo.*
2. **Contextualización.** *Nos alejamos del estado perceptivo para contextualizar la huella fisiológica. Nos distanciamos de la primera estación, para amplificar la huella, agua transparente o turbia, que transcurre con lentitud o agitadamente... reparamos en el contexto del*

'río', para una mejor ordenación de nuestra memoria a corto medio y largo plazo. Otorgamos contexto a la huella fisiológica que ocasionó la explosión perceptiva.

3. **Entrada.** *Incorporación consciente al contexto. Nos añadimos a la huella fisiológica, incorporando nuestros razonamientos e interpretaciones, otorgándole significado o valor.*
4. **Persistencia.** *Al añadirnos a la huella fisiológica, cumplimos dos objetivos. A) Obtenemos una imagen o concepto, reducido, simplificado, abstracto, de la huella, lo que nos garantiza su persistencia a largo plazo (memoria a largo plazo que consume muy pocos recursos de almacenamiento y recuperación). B) Elaboramos una huella abstracta, conceptual, que una vez activada puede devolvernos, no siempre, depende del individuo y sus potencias, el conjunto de características de la huella.*

¿Es, acaso, el propio «lenguaje», la expresión oral y escrita», el que favorece la existencia de dichas estaciones, el que las hace posibles? Ayuda. Los organismos biológicos tienden, por eficiencia, a crear procesos retroalimentados. El «lenguaje» facilita el éxito de las distintas estaciones por las que atraviesa el «estado de consciencia». El «lenguaje», a pesar de todo, sigue siendo un sistema de etiquetado, marcación, que da acceso a los «estados de consciencia». El cerebro crea el lenguaje para cumplir con sus necesidades y expectativas. Sin experiencias asociadas a las cuatro estaciones, al periodo temporal que utilizamos para desarrollar el «estado de consciencia», sin experiencias fisiológicas, el «lenguaje» no posee encarnadura, permanece ayuno de contenido, se reduce a marcas vacías de contenido, de «significado».

¿Cómo saber lo que pensamos sobre algo sino se ha pronunciado? Dice la gente con gran tino. Lo que ha sido oído o dicho hace intervenir a nuestros sentidos y genera una experiencia sensorial, bien es cierto que residual hasta que no adquiere un contexto al que poder pertenecer y entrar o salir del mismo. En las escue-

las islámicas el Corán se recita. En las escuelas españolas, antes, se cantaba la multiplicación. La recitación es un viejo y probado método. Conocer el Corán, que sus versículos nos suenen, obvio es, es un punto de partida. ¿Es suficiente? No. Es un «estado de percepción» muy primario.

El «lenguaje» que utilizamos ha sido construido y es el resultado del triple proceso, es un instrumento del cerebro para etiquetar y marcar los distintos «estados de consciencia». El «lenguaje» es instrumento que facilita dicha travesía, es una herramienta que nos permite representar nuestros «estados de consciencia».

De la mano del moderno escepticismo nos llega la expresión "*La vida es un juego y cada uno de nosotros representa a un personaje*". La pregunta adyacente, inmediata, cuando nuestras pesquisas se dirigen a determinar si existe o no inteligencia en el axioma, es preguntarnos ¿conocemos, cada uno de nosotros, al personaje, ¿qué es, exactamente, lo que creemos conocer de tal personaje, de nosotros mismos? Y al hacernos la pregunta correcta, de nuevo se nos revela, la función instrumental del «lenguaje». El conocimiento no está en la palabras en su estructura morfológica o léxica en la estructura del «significante», está en su contenido en su «significado» en los «estados de consciencia» que marca.

La evolución de nuestro «estado de consciencia» ha permitido en el curso de los años, de los siglos, unirnos y separarnos de la naturaleza, en función del estadio logrado después de ejercitar sucesivamente las cuatro estaciones. No formamos parte del 'río', del mismo modo y con parecidas intensidades, ahora, en el tiempo presente, que hace tres mil años.

Por eso decimos que el lenguaje es un modo de representación, **figurativo**, que se corresponde con distintos «estados de consciencia» de la Humanidad y que es un producto de nuestra especie, una herra-

mienta, sometida a los mismos cambios, que nuestra especie ha experimentado, siguiendo la estela de sus «estados de consciencia». El «lenguaje» no es la herramienta que nos guía, el faro que nos ilumina, todo lo más, es un instrumento de nuestros «estados de consciencia», del tipo de conocimiento alcanzado y disponible, limpio o embarrado, prístino o turbio, que es de todas esas maneras, a fecha de hoy, como sigue manifestándose.

Escalar desde la primera estación o representación figurativa, en la que el hombre aporta una parte de su percepción al 'río', a la estación en la que, con reflexión, se analiza la utilidad de dicha representación y las distintas formas de intervenir en ella, es un tránsito, que en términos de «lenguaje», hablando de la lengua española, se ha realizado acopiando 24 letras, signos caligráficos, con reglas sintácticas y fonéticas, con sonidos compuestos, con «significantes» y «significado».

Y para referirnos al «significado» convendría advertir que es mas escaso, de lo que cabría deducir de la explosión combinatoria que aporta la estructura del «significante».

La realidad no suele ser tan pródiga y generosa, atribulada por limitaciones materiales y las grandes fuerzas del universo. La Humanidad no puede, con éxito infiltrar una tormenta de aire que se mueve a velocidades superiores a 300 km/hora o calmar las aguas atormentadas de un océano agitado por un maremoto de fuerza nueve. Los distintos «estados de consciencia», en esta parte del globo terráqueo, España, se expresan en eso que conocemos como 'lengua española', su gramática, su enciclopedia y su historia con las distintas percepciones artísticas, tecnológicas y científicas.

El «lenguaje» no explica al hombre. Eso es calzar las medias o calcetines del revés. Es el hombre quien explica el «lenguaje». El hombre lo crea, evolutiva-

mente, otorgándole atributos en función de sus distintos «estados de consciencia».

DESVIACIÓN. El «lenguaje» como historia de amor y rosas

“Utilizamos con espontaneidad nuestra lengua y apenas advertimos, al usarla, su fructífera estructura, sus atajos y astucias, su insólita eficacia y brillantez”.

Así nos los cuentan los estudiosos de los lenguajes. Aceptando que, parcialmente, es cierto, llama la atención la velocidad con la que olvidamos, que lo que en apariencia es *fructífera estructura* también es inextictricable y a menudo absurda complejidad. Y que la exaltación de su capacidad para los *atajos* y la *astucia*, también es propensión a la picardía y la destemplada marrullería. Y que cuando elogiamos su *insólita eficacia y brillantez*, pronto olvidamos su inveterada potencia para los equívocos, malentendidos y sinsabores. Aportamos, como testimonio y prueba material de lo que decimos, la propia historia, la de nuestra nación, la de las naciones en general, aisladamente y entre ellas, la de la Humanidad.

La abundante polisemia, la abultada sintáxis con poolivalente significado o sin significado, el exceso de «significante» y la dramática escasez de «significado» o la pésima calidad del mismo, hacen estéril, con más frecuencia de lo que reconocemos, el diálogo, que en lugar de unir, separa, distancia y enajena hasta la desesperación. Es la otra parte del «lenguaje», de la historia del lenguaje, que tendemos a ocultar para no perturbar el culto idolátrico que se le profesa, como hacedor de realidad. ¿Quién hace la guerra, el «lenguaje» y su propósito o la incomprensión de su significado? Ambas cosas. Y, sobremanera, la guerra la hacen los hombres para arrancarse la vida, porque no se

entienden y porque el «lenguaje», el diálogo, no desentraña, es impotente, las razones últimas del hombre, sus «estados de consciencia» o determinación para poner muertos encima de la mesa.

Nos hemos acostumbrado a pensar en el «lenguaje» como una «historia de amor y rosas», olvidando su historia real, su verdadera «historia», con su luz y sus sombras. Un comportamiento que poco se compadece con los hechos ciertos, con la realidad. Las realizaciones del hombre utilizando el «lenguaje» para representar sus «estados de consciencia» nos han brindado espectaculares páginas y numerosos hitos, sobresalientes, sin duda alguna, pero siguen estando muy lejos de las expectativas y necesidades que el hombre ha depositado en el «lenguaje» para cumplir mejor con sus anhelos de eficiencia y éxito.

Poco servicio rinden a los anhelos del hombre los variados cabalismos o esoterismos sobre el lenguaje y quizá el más alucinado sea el de Heidegger:

“La palabra es el acontecimiento de lo sagrado. Esta palabra aún no oída está conservada en la lengua de los alemanes”.

Interpretando un poema de Hölderlin, Martín Heidegger llega a su esotérica conclusión, que se nos ofrece como sacra. Es la otra cara de un mismo problema, la exaltación del «lenguaje» como estructura que preexiste e ilumina a un pueblo haciéndolo diferente, único y sagrado. Bien sea porque preexiste, bien porque ha sido creado por un pueblo fisiológicamente sagrado, el «lenguaje» hace sacro a quién lo utiliza. Un bucle perfecto. Un bucle sintáctico perfecto y en la práctica, una majadereía o exaltación hueca de contenido.

El «lenguaje» que nos ha servido de lazarillo, atribulado e inexperto, para comprender y comprendernos no es ingenio que pueda sobrevivir o tenga sentido,

separado de los hombres, de nuestra naturaleza. Calzarse las medias o calcetines del revés —útese como metáfora— algo apenas perceptible, aunque muy común, no es científicamente respetable y no es comportamiento que parezca cabal. El «lenguaje» es un epifenómeno de nuestra naturaleza y es sombra o reflejo de la evolución de nuestros «estados de consciencia», también evolutivos. A pesar de la utilidad demostrada, el «lenguaje», así es, 'no' nos explica. Somos nosotros los que levantamos acta de su evolución. Evolución que se ha transformado, lentamente, en el curso de los siglos, en un lenguaje oral y escrito con determinadas reglas y capacidad combinatoria, en apariencia explosiva, de innumerables posibilidades de representación.

Nos detendremos en la potencia generativa de los lenguajes y su por qué. Nos ocuparemos, de su característica más notable: es figurativo y permite el poema, el mito, la oración religiosa, los ritos, los exorcismos, los himnos, las representaciones teatrales, l el cine, la representación, en suma, con distintos gradientes de abstracción. ¿Por qué —de eso también hablaremos— se despliega en un solo plano cuando es hablado o escrito? Lo hace mediante ondas vibratorias cuando es hablado y cuando es escrito, a través de distintas grafías, en un plano, de derecha a izquierda y de arriba abajo, movilizand o ondas corpusculares, que transformamos en ondas electromagnéticas.

Nos ocuparemos de la hegemonía de la sintáxis sobre la semántica, de la tiranía que ejerce el «significante» sobre el «significado», de la resistencia de los lenguajes naturales a ser automatizados. Lo que se logra cuando se le reduce a datos y lo que procesamos es información. ¿Tiene o no, es la pregunta, necesidad de *vebor*, la Humanidad? ¿El lenguaje que utilizamos es suficiente, acaso, y ha culminado todos sus estadios evolutivos? ¿Tenemos el control?

ANGEL ALONSO ÁLVAREZ

La parte laberíntica que ofrece el «lenguaje», su querencia por el bucle, la proliferación de «significantes» sin «significado», su lado oscuro, como espejo de la condición humana, goza de gran prestigio entre las élites que calzan medias o calcetines del revés, que invierten el contexto, el orden, subordinando al hombre a sus decires y que, con su conducta, desafían la realidad por razones idolátricas para torcer el camino de la ciencia, con resultados desiguales, todo hay que decirlo y para fortuna del conocimiento.

Reconocemos como decepcionante que, toda esta gente, con sus laberintos y bucles, forme parte de la realidad y aunque se oculten detrás de sus historias de amor y rosas, no descansan en sembrar minas de racimo, conscientemente, a eso se dedican, a los que promueven o defienden una actitud cabal ante la ciencia, demonizando a los que nos resistimos a sus cultos idolátricos.

Cultos con los que se adornan y que practican. Nos referimos a los que presentan el «lenguaje», la estructura del «significante», atención, no como la última frontera de la ciencia, dado que la precede y la ilumina, sino como su semilla y el antecedente necesario de cualquier forma de conocimiento o «estado de conciencia».

Son devotos del laberinto, del bucle, del exceso de «significante» sin «significado», de la inconsistencia y no pueden resistir la tentación de propagar su idolatría, su fe es ciega, llamando al culto a quienes les escuchan y tienen la desgracia de ser pupilos.

Son la trama de un sainete, de un entremés que se reíste a bajar el telón. Primero, su admiración por el laberinto, que les esmisa, luego el bucle retórico, que les hace vibrar, después el exceso de «significante» que les maravilla y más tarde la oquedad de la inconsistencia, que les calma, hasta el éxtasis. Un éxtasis simulado, que no pasa de trampantojo y del que se sale con

un pescozón. Es una simplificación insoportable, contraviene la «intuición» y con mayor fuerza, la «realidad», afirmar que lo que de verdad tiene el hombre es «historia», descartando la «naturaleza».

El hombre, nuestra especie, es lo que parece, por su «naturaleza», que, lógico es, tiene «historia» y por ella es afectada. Nos dice Octavio Paz, *“Para que el poeta escriba tiene que ser poseído por el lenguaje de igual modo a como los profetas o sacerdotes eran poseídos por la divinidad para expresar sus oráculos”*, y añade, *“la «historia» es nuestra «naturaleza»*”. Es una metáfora que no conviene, quizá, sacar de contexto, pero que sirve para exaltar la supuesta estructura misteriosa, ignota, que enlaza las palabras.

I^a PARTE

El arte de la representación



El «lenguaje» responde
a una exigencia primordial
que le impone el cerebro:
es **figurativo**

CAPÍTULO I. RESPUESTAS NECESARIAS

Características de la expresión oral y escrita



DECIMOS que el «lenguaje» responde a una necesidad primordial del cerebro: es figurativo. Y siendo figurativo, con evidentes toques naturalistas, es descriptivo, y multicapa, para colmar tres propósitos:

1. **Concreción / Abstracción.** *Tiene ambas capacidades para mejor adaptarse a nuestros «estado de consciencia».*
2. **Significado.** *Cumple con el hecho, irrevocable, de que alcanza significado cuando nosotros le otorgamos significado por haberlo experimentado.*
3. **Persistencia.** *Se adapta a nuestras limitadas y distintas capacidades de almacenamiento y computación.*

Para mejor comprender nuestro cerebro conviene hacer un breve paréntesis. El *dictum* de Wittgenstein, “*De lo que no se puede hablar es mejor callarse, ya que lo que no se puede expresar es lo místico, lo que se muestra a sí mismo.*” Es percha o invocación muy socorrida para enfatizar el origen misterioso del lenguaje, invitando a no entorpecer el fatigoso trabajo de los lingüistas, que sienten que trabajan con la materia prima del pensamiento, con sus espermatozoides y óvulos —supuestamente, lo que lo crea—, la sal y la pimienta de las relaciones humanas, el arquitecto del cerebro y el que explica la evolución humana. Esto es, todo aquello que cumple con las creencias de los que gustan calzar medias o calcetines del revés. A mayor abundamiento, Ludwig

Wittgenstein en las anotaciones de su *Tractatus logio-philosophicus*, utilizó la numeración ordinal para su *dictum* (6.53) lo que añade autoridad sintáctica, procedente del lenguaje simbólico numérico. Práctica, la de la numeración decimal, que hizo furor en el ensayo y hoy es hábito en cualquier disciplina.

Aunque el *dictum* del Sr. Wittgenstein, obviamente, tenía otro propósito, es irresistible como biombo para emboscar u ocultar el estado de perplejidad que induce el hecho lingüístico y la escasez de respuestas para preguntas recurrentes: ¿Existe una gramática universal, biológica, como sugirió Noam Chomsky y recientemente Steve Pinker?, ¿qué naturaleza tienen las estructuras que enlazan las palabras?, ¿por qué la supuesta e ilimitada capacidad combinatoria que aporta la estructura sintáctica?, ¿por qué los niños, antes de ser escolarizados, interiorizan las reglas sintácticas (gramaticales)? En suma, ¿por qué juega, el lenguaje, un papel tan destacado en la vida del hombre?

Existe otra pregunta que genera, por igual, extraordinaria perplejidad. La formulan los defensores de la relatividad lingüística, los herederos de las tesis de Sapir-Whorf. Afirman que la estructura gramatical y fonética de un lenguaje, determina la forma de pensar de sus hablantes. ¿Existe determinismo, entre la estructura sintáctica de los lenguajes de representación y la forma de pensar, relación de causa/efecto?

No quedaría completa la panoplia de preguntas sin añadir la que sin duda es la más insólita, ¿el «lenguaje» es ambiguo, necesariamente, para mejor expresar la libertad, la libertad moral? La contestamos de corrido. Somos responsables de nuestros actos, incluso de los que hacemos sin querer (!), poco añade, por tanto, la ambigüedad que se extingue en el instante en que somos responsables.

Desde tiempos remotos —es conocimiento intuitivo y producto de la reflexión, transformada en hechos,

datos e hitos iirrefutables— se sabe que el uso de signos es arbitrario, que los lenguajes utilizan distintos signos y sonidos, dependiendo donde viva el hombre, en qué lugar, en qué coordenadas, para nombrar o referirse a las mismas cosas (idiomas). Lo advirtió Ferdinand Sausurre (uno más). ¿La palabra *vaca* se parece a una *vaca*? ¿La palabra *vaca* suena como una *vaca* y muje o suena como una *vaca*? Un ejemplo parecido lo pone Steve Pinker. Y no es menos elocuente el uso que hacen los niños, sin escolarizar, del lenguaje. No saben escribir, desconocen las normas gramaticales, pero pueden preguntar, ¿Señorita puedo ir hacer pis?

Se dirá que interiorizan la norma gramatical, por repetición, por escucha recurrente e intentos sucesivos de prueba/error en la enunciación de la pregunta. Seguro que es así. Sorprende, de todos modos, la capacidad innata del hombre para el lenguaje y no es ocioso deducir, al contrario, es obligado, que nuestra naturaleza nos predispone para construir oraciones, para establecer el vínculo entre el sujeto, la acción, el fin, los medios, el momento, el lugar... donde acontecen. Invita pensar que el «significado», atención, repito, el «significado», es el rey y el que establece los requisitos que deben cumplir los significantes, los signos y sonidos, la sintaxis. ¿Podría ser de otro modo? Es más intuitivo afirmar que el «significado» constituye el verdadero norte de las leyes gramaticales, que lo contrario. ¿Es solo intuitivo o es real? Si fuera real nos obligaría a admitir la existencia de un patrón universal que inspira las leyes gramaticales con distintas variantes y que dicho patrón está en poder de nuestra naturaleza y forma parte de nuestras bases fisiológicas.

¿Es necesario demostrar que una persona tiene sed? No parece. Podemos indagar en las razones que ocasionan la sed. "En realidad el cuerpo le está enviando la sensación de sed, pero es demostrable que lo que tiene es hambre". Admitiendo la hipótesis y que, quizá,

quien lo afirmae está en razón y lo pueda demostrar, ¿qué importa? Está hablando de las causas y no afecta a la sensación de sed, real, que experimenta la persona. La existencia de bases fisiológicas que nos predisponen al lenguaje no necesita demostración. Se poseen y no es discutible, excepto que el enredo, por placer de enredar, sea la finalidad.

¿El motor de las normas gramaticales, de la sintaxis, es el significado? La pregunta se responde con otra pregunta, ¿existe, acaso, otra evidencia? Siempre ha sorprendido la productividad de los idiomas, la explosión de posibilidades combinatorias que, a los que gustan de calzar medias y calcetines del revés, se les antoja “infinitas” haciendo ostentación, el ridículo, de su poca contención.

Para descalificar que las reglas sintácticas, por sí mismas, no generan significado, Noam Chomsky acuñó su célebre oración “*Las ideas verdes incoloras duermen furiosamente*”. La oración, gramaticalmente correcta, no aporta estado de percepción reconocible, está exenta de contexto, y ayuna de «estado de consciencia». La oración de Chomsky se autocontiene como ejercicio sintáctico y sirve para apuntalar que es el «significado» el verdadero motor, el motor originario, de la sintaxis, de las normas gramaticales.

Un caso extremo, teatralizado, para denunciar el exceso retórico, el exceso de significante huérfano de contenido, de significado, lo llevó al cine Mario Moreno: “*Estamos en guerra porque ya estamos. ¿Por qué razones? Ustedes me dirán. Y yo les contestaré: razones fundamentales que todo conglomerado debe entender y son tres: la primera, la segunda y la tercera. ¿Qué cosas, verdad? Pues así es*”. Cantinflas, añadía al exceso de significante una gestualidad de hombre de Estado, solemne que, por contraste, inducía hilaridad. Y quién no recuerda la clebérrima cláusula de Groucho Marx “*la parte contratante de la primera parte será considerada como la*

parte contratante de la primera parte”. Para burla de los excesos formales, la jerga y la falta de contenido o significado, excepto el de producir burla.

¿Tiene significado la interpretación o explicación que Mario Moreno aporta sobre su guerra? Sintáctica y gramaticalmente, con pequeñas observaciones, es una frase impoluta. No explica las causas de la guerra, pero simula un contexto. La profusión retórica, enfatada, huera, en la que incurren, con inquietante frecuencia, los Padres de la Patria, añade verosimilitud a su conjetura. ¿Cantinflas se burla del exceso de significado, de la sintaxis, la pone en perspectiva? La respuesta es sí. Un ‘sí’ rotundo. ¿Es posible la existencia de una sintaxis sin significado? ¿Es útil? La respuesta rápida es que su utilidad está demostrada para profesores, abogados y políticos de creer a Chomsky, Groucho o Cantinflas. Extrayendo, arrancando, de su contexto la respuesta comprobamos, sin embargo, que es inútil y por tanto prescindible. A pesar de lo cual, insistimos, no es obstáculo para que se le siga rindiendo culto a la sintaxis, a las normas gramaticales, como hemos dicho, idolátricamente, en demérito, para arruinar las necesidades ciertas de «significado».

Un exceso retórico como los expuestos, si se produjera en la vida real es más que probable, que la neuropsiquiatría diagnosticara algún tipo de lesión en las áreas del cerebro de Broca y Wernicke, especialmente está última.

Hemos contestado a la mayor parte de preguntas que se refieren a los supuestos misterios que parecen rodear al lenguaje. Aunque nos volveremos a referir a ellos cuando hablemos de las necesidades primordiales del cerebro, creo oportuno detenerse un instante y prestar atención a la hipótesis PRL (Principio de Relatividad Lingüística) formulada por Edward Sapir y Benjamin Lee Whorf:

ÁNGEL ALONSO ÁLVAREZ

“Existe una relación de dependencia entre las categorías gramaticales del lenguaje que una persona habla y la forma en que la persona entiende y conceptualiza el mundo”.

Es una hipótesis que exalta la sintáxis. La lengua de un hablante determina, completamente, la forma en que éste conceptualiza, memoriza y clasifica la «realidad». Influye, asimismo, en la organización de los significados (semántica) y en la manera de asumir los procesos de cambio. La forma que usamos para organizar nuestras oraciones (sintaxis), determina nuestro pensamiento y por extensión nuestro papel en el mundo.

“La manera en que los individuos denominan o describen situaciones influye en la manera en que se comportan ante esas situaciones.”

Es una versión suave de la hipótesis PRL, de mayor interés para la psicología. Justo es reconocer, en todo caso, que la hipótesis PRL es antigua. Wilhelm von Humboldt ya hizo en *Über das vergleichende Sprachstudium* un estudio comparivo de la lenguas, desde luego al servicio del hipernacionalismo alemán y la necesidad de dotar a la lengua germánica de opciones y ventajas excepcionales, las mejores para fundar al gran pueblo alemán. En el lado contrario estaría el ensayista húngaro, Karl Kerényi, también lingüista, que pone medida a la exageraciones:

“La interdependencia del pensamiento y el discurso deja claro que los lenguajes no son tanto medios para expresar una verdad que ya ha quedado establecida como medios de descubrimiento de una verdad previamente desconocida. Su diversidad es una diversidad no de sonidos y signos sino de formas de ver el mundo.”

Kerényi atempera el papel de la sintaxis, le otorga una misión más antropológica, suave, negándole trascendencia imperativa. ¿El pensamiento influye en el lenguaje induciendo mecanismos gramaticales concretos, más aptos para sus fines? ¿Los mecanismos grama-

tales inducen, inevitablemente, una forma de pensar y actuar? La hipótesis PRL, dejaría sin opciones, de ser ciertas, la traducción de libros o la industria del doblaje y convierte en chiste, las saluciones hacia sus traductores que han hecho escritores ensalzando su trabajo por las mejoras conceptuales y literarias logradas. Parece que los traductores son capaces de interpretar, con corrección exquisita, obras expresadas en otras lenguas. La realidad evidencia que existe un motor gramatical universal, común a nuestra especie y que importa más, sin comparación posible, que esté bien dicho y tenga interés, que sea dicho en chino, ruso, inglés, árabe o español.

Los niños que cantábamos la tabla de multiplicar, (se hacía en España), método de aprendizaje de la época, aprendíamos, por el simple hecho de cantarla y repetirla, que estábamos ante una operación matemática que consistía en sumar un número tantas veces como indica otro número. La repetición armónica (cantada) de la tabla de multiplicar, activaba, antes o después, la respuesta biológica precisa que nos permitía realizar la inferencia. La mayor parte de niños realizábamos la inferencia, nuestra naturaleza lo hacía posible.

La palabra 'Corán' se traduce como 'recitación' y siendo un libro 'eterno e increado' —así reza— no puede existir como un simple texto. Siempre ha sido transmitido oralmente, además de gráficamente. Se prescribe la recitación para que los musulmanes de toda condición puedan realizar una *salat* (oración). Es indispensable que los musulmanes aporendan o memoricen algunas *azoras* del Corán. ¿De la recitación se puede inferir el significado moral de las *azoras*, su hondo significado? En distinto grado. Es obvio que existe en nuestra especie un elevado grado de predisposición moral. La abundancia de religiones o escuelas interpretativas, no deslucen la elevada predisposición de nuestra especie hacia las enseñanzas morales que uti-

lizamos para interpretar el individuo, la comunidad y sus vínculos. ¿La recitación es el mejor método de aprendizaje? Es un método. Es insuficiente, está demostrado, pero es un método que se prevale de nuestras capacidades biológicas, de nuestra estructura fisiológica. Es un método soportado por nuestra «naturaleza».

Suponer que los bebés son incapaces de establecer categorías porque no dominan nuestro lenguaje, constituya una huida indisimulada de la realidad. Afirmar que un perro no puede organizar categorías, porque no utiliza un lenguaje de nuestra complejidad, lo puede hacer aquel que no conozca perro. Afirmar que un bebé no puede engañar a un adulto simulando pena o dolor para atraer su atención, lo puede hacer aquel que no conozca bebé. Pena y dolor son categorías distintas y el bebé las reconoce y las ejecuta, las simula.

El grado de controversia que, tradicionalmente, ha descendido el «lenguaje» tiene su origen en su equivocada y forzada disociación del que lo usa. Imaginar o suponer que el «lenguaje» deb ser desagregado de nuestra naturaleza, anterior a ella, de origen ignoto, con leyes propias e imaginar, a renglón seguido, que tiene potencialidad sobrada para interpretarnos y explicarnos es el correlato inevitable de un error dramático, de una alteración de los factores, irracional:

El «lenguaje» explica al hombre

Falso. “El «lenguaje» explica al hombre” es un axioma o aserto, inconsistente: falso. El lenguaje es una herramienta. Al hombre lo explica la reflexión y sobremanera, el conocimiento. El hombre, su historia, su quehacer, sus estrategias culturales y morales no dependen de la sintaxis, dependen de su «conocimiento», estrictamente. Un conocimiento que, dependiendo de la perspectiva que se use, puede ser, simultáneamente, sobresaliente o escaso. Es el hombre,

su naturaleza la que hace posible el «lenguaje». Calzar las medias o calcetines del revés, abusando de que es un gesto o actitud imperceptible, es poco edificante.

Se ha pretendido, infructuosamente, convertir el lenguaje y su norma gramatical en la significación última del hombre y el instrumento más destacado para explicarlo. Justo es señalar que se ha tratado de una estrategia equivocada. El lenguaje es una herramienta y admitiendo que su uso puede desvelar, a un observador avezado, un determinado sustrato fisiológico y ser anuncio de determinadas estrategias culturales o morales, no altera un ápice su condición de herramienta al servicio del hombre y de su conocimiento.

Es habitual escuchar que *“estamos programados con palabras”*. ¿Palabras con contenido? *“Estamos programados con palabras”* es una expresión confusa e inestable. No es posible estar programado con palabras sin contenido, estar programados por la sintaxis, las leyes de los lenguajes simbólicos o las norma gramatical. Nuestra conducta se gobierna, consicente o inconscientemente con «significados». No puede ser de otro modo. La no existencia de «significado» revela una lesión. ¿Entonces, —algunos se interrogan— cómo se explica la elevada capacidad de la especie humana para el juego simbólico?

Los niños juegan, representan papeles, de igual modo a como el lenguaje representa acontecimientos y nombra las cosas. Repiten o imitan gestos, actitudes, palabras, sesgos, procedimientos y no es discutible, lo hacen. Se juega a médicos y enfermos (vida/muerte, placer/dolor) o a policías y ladroesn (bien/mal) o a vendedores (valor/medida). Asuntos todos ellos de extraordinaria complejidad y que los niños, necesitan representar para desentrañar y comprender en la medida de sus capacidades. Esperan de su repetición la revelación de su significado y abandonan el juego cuando advierten, imaginan o creen que el misterio ha

sido desentrañado o, todo lo contrario, tiran la toalla y dan por fallido o escaso dicho método.

¿En el juego simbólico, el que hace de policía elimina al malo (realmente) y el que lo hace de médico, hace una incisión (realmente) al enfermo? Los hechos revelan que en el juego simbólico existe contención, política, esto es, límites que nadie transgrede y es otro hito que no ayuda a pensar que el «significado» es anterior a las reglas del lenguaje simbólico. ¿Qué ocurre cuando en el juego simbólico un niño se extralimita? Saltan las almas. Eso ocurre en la vida real. El resto de niños, por lo común, se colocan en estado de alerta y prevención.

¿Qué puede pensar un niño cuando su padre se lleva cosas, entrega una tarjeta de plástico y otro señor le devuelve una tira de papel? ¿Qué puede pensar cuando se lleva las mismas cosas y entrega dinero, trozos de papel y la otra persona le devuelve más trozos de papel? Lo representa y repite para, en lo posible, desentrañarlo y por el placer de ser adulto y tomar decisiones por sí mismo? ¿Los niños prefieren ser ladrón o policía, qué papel, por lo común, eligen?, ¿prefieren ser médico o enfermo? Los papeles se reparten, no sin dificultad, porque sin reparto no hay juego. El juego simbólico, tal como lo practicamos la especie humana, está altamente impregnado de política (de convecciones), de menor cuantía mientras más nos acercamos al día de nuestro nacimiento.

¿En nuestro código máquina (ADN), en nuestra proteómica, en nuestras bases fisiológicas, está incluida la gramática universal? La capacidad de todos los seres humanos para el lenguaje no es hora de ponerla en duda. Ha pasado el tiempo de la duda sobre la capacidad de los bebés y niños para aprender una lengua. Nadie duda, en el tiempo presente, de la similar competencia de los distintos lenguajes para dar respuesta a la necesidades de comunicación de sus usuarios. Son

VEBOR, LA SALIDA DEL LABERINTO

las necesidades de sus usuarios, no al revés, el que hace evolucionar el lenguaje en su lexicón, vocabulario, y en su valor semántico o «significado». Los niños no se limitan a imitar a los adultos, usando su mismo lenguaje, tienen, además, competencia nativa para dominar la estructura que permite comunicarnos.



Figuración. El arte de la representación



¿LA PALABRA «río», crea el río, impone sus existencia con todos sus atributos? **No**. Un niño, un adolescente, un joven, un adulto, sin excepción, contestaría dicha pregunta sin titubeos: “no”. ¿Cómo calificar la conducta de los que sugieren, contraituitivamente, que la palabra ‘sí’ crea el río y permite su existencia? Nos damos de bruces con una conducta que bien podría diagnosticarse como delirio paranoico o calificarse de desfatachez, en la peor acepción del término (desvergüenza).

Es moda afirmar que la realidad, su estatuto, es «contraitutiva» y que nuestros sentidos nos engañan, traicionan y, a más, se burlan y estafan a nuestro «estado de consciencia» y pareciera que contra más culta es una persona, mayor es la tendencida a sostener y propagar la hegemonía de la «contraituición» en el ámbito del conocimiento, “su *conocimiento*”, que, naturalmente, ellos, agraciados por los dioses, poseen. ¿Es posible engañar a los sentidos? Es obvio que sí. ¿Es posible engañar a los entidos asociados a los distintos «estados de consciencia», con los que opera por sistema? También pero, justo es decirlo, con mayor dificultad aunque solo sea porque el conocimiento, la sabiduría presumible, se corresponde, fielemente, con los distintos «estados de consciencia».

En el ámbito de las palabras, de la sintaxis, de una oración, puede una personar, autopresentarse como contraituitva y permancer hieráticoo e inmovible. En la vida real, en la práctica, es un disparate. El cerebro permite automatizar muchos comportamientos una vez que han sido cabalmente interpretados. Y los procedimientos automatizados, que llamamos intuitivos, de respuesta rápida o automatizada, se interpretan y reinterpretan en función del conocimiento. La abundancia de conducta automatizada consume menos energía y es más eficiente en todos los órdenes.

Mucho desparpajo se necesita, amén de ventolera, para presumir de abundancia de *conocimiento contra-intuitivo*. ¿Cuando nos duele la cabeza y previamente no hemos recibido un mazazo, dudamos de la cabeza y la amputamos? En tiempos remotos, quizá, alguien, fuera de sí, hubiera procedido degollando la cabeza con sus propias manos o solicitado a una segunda persona su amputación. Hoy en día, cuando nos duele la cabeza, ¿dudamos de la intuición? No es el caso. Intuitivamente, por conocimiento directo, se asigna dicho dolor a algún tipo de dolencia, la que fuere, cuya etiología o conocemos o la identificamos con ayuda de expertos. La intuición de nuestros antepasados en poco se parece a la nuestra. Nuestro conocimiento directo, evidente, hoy en día, es de mayor tamaño que el que poseían nuestros antepasados y deducir que constituye una tendencia, que puede proyectarse hacia el futuro, es obligado.

Las matemáticas hacían irrefutable y aconsejable, emitir y emitir papel (productos financieros y dinero) contra las pólizas de préstamos hipotecario. Las matemáticas garantizaban en continuo, sin límites, que la sobreoferta y el sobreprecio, contrariamente a lo que dicta la intuición, podían convivir por el resto de los tiempos y sin contratiempo alguno. ¿Cabe la posibilidad de que el «contraituitivismo» no exceda el perfil

ÁNGEL ALONSO ÁLVAREZ

de burda gorsería? ¿El «contraituitismo» podría ser, asimismo, añagaza maliciosa? No es descartable. En tales casos, a la ignorancia habría que añadir la culpa.

La palabra 'río' forma parte —y es conocimiento intuitivo, directo, evidente— de las potencias de nuestra naturaleza para el arte de la representación y por eso pintamos, esculpimos, desde tiempo remotos, con estrategias figurativas, de dos tipos:

1. **Concreta.** *Representación más o menos fiel, figurativa, naturalista.*
2. **Abstracta.** *Representación aunque figurativa, abstracta.*

REPRESENTACIÓN ABSTRACTA



Lammasu en el museo de Pérgamo (Berlín)

Los grandes genios de la mitología mesopotámica, los *lammasu*, se representaban de manera híbrida, con cabeza de hombre, cuerpo de toro o león y alas de águila, Nadie los había visto pero si imaginado, con cualidades extraordinarias. Esculpían ideas.

Atrapar ideas, formas, gestos, colores, actitudes, creencias, de mil y una manera, es potencia que tiene nuestra naturaleza desarrollada en distinto grado por los individuos. ¿El sonido 'río' tiene el color del río?, ¿a qué altitud y coordenadas nace la palabra 'río'? , ¿a qué temperatura está su agua? El sonido 'río' es parte de nuestras capacidades para el arte de la representación. ¿La palabra 'río', de caligrafía latina, es parte de nuestras capacidades para la representación? Así es. ¿La palabra 'río' en tanto dibujo, grafía, forma parte de nuestras capacidades para el arte de la representación? Es una evidencia, tenemos ese conocimiento directo.

Imaginemos por un instante que no disponemos del sentido del oído y de la vista. ¿Es posible aprender el concepto 'río'? Por supuesto, con el tacto, con el olfato, el paladar y la destreza que poseemos para el contraste. Obtenemos sensaciones, datos, medidas, ideas, por comparación. Con la autopercepción de nuestro cuerpo, además, podemos suponer, —en el supuesto de que supiéramos nadar o existiera un puente para atravesarlo— la anchura del mismo. ¿Los que no disponen del sentido del oído y de la vista, pueden transmitir el elemento 'río'? En efecto, en su propio lenguaje táctil que escriben, con sus propias dedos, sobre los dedos de otra mano.

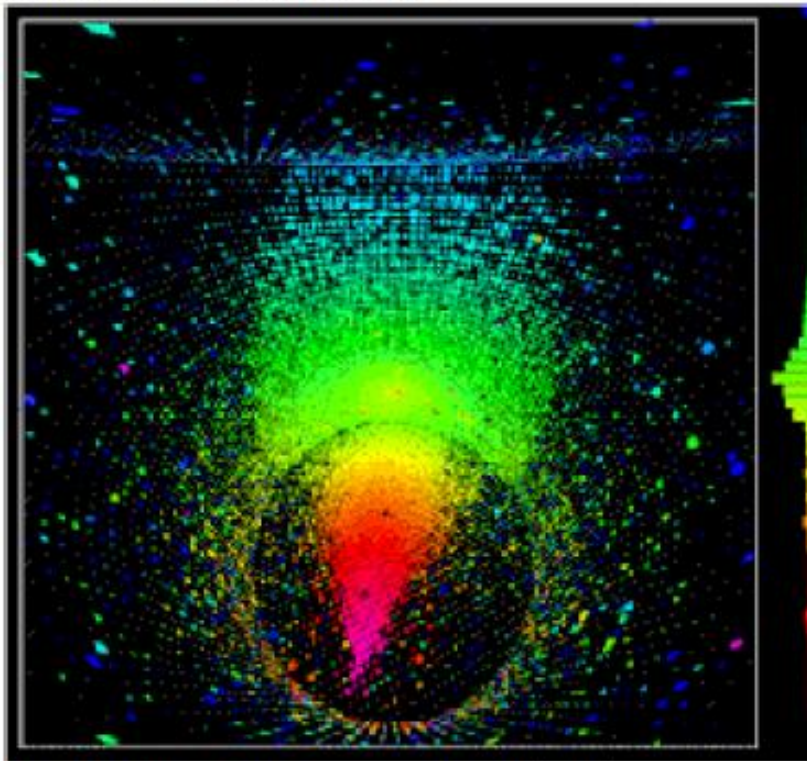
FIGURACIÓN. El poder de los sentidos

El «lenguaje», el arte de la representación, posee un sustrato figurativo, naturalista y descriptivo. El río tiene colores, temperatura, tamaño, formas, sonidos.

ÁNGEL ALONSO ÁLVAREZ

¿Una molécula, un átomo, una partícula... tiene forma, tamaño, sonido, temperatura...? ¿Recuerdan cuando el agua, no hace tanto tiempo, era incolora, inodora e insípida? ¿A qué sabe un *muón* (partícula elemental), está frío o caliente y qué color tiene? Yo no lo sé, pero se hacen esfuerzos enormes, constantes, para representar el muón y decimos que es una partícula elemental masiva que pertenece a la segunda generación de leptones con espín $1/2$ y carga eléctrica, como los electrones, negativa. También decimos que su masa es inestable y que está asociada con su correspondiente antipartícula el *antimuón*. ¿Que parte de dicho esfuerzo no posee un sustrato figurativo?

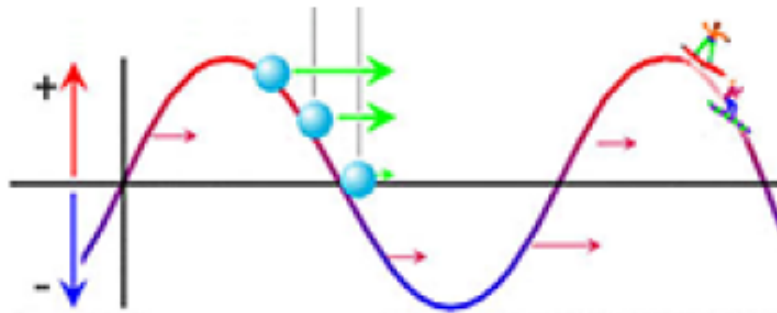
REPRESENTACIÓN FORMALIZADA



Detección de un *muón* en Super Kamiokande (Japón)

Los expertos nos proporcionan la imagen interpretada del *muón* que, naturalmente, necesita de otro experto para ser reconocida. ¿La representación es, acaso,

no figurativa o «contraintuitiva»? El Supr Kamiokande es un acelerador de partículas. Los acelerados son generadores de microondas que aceleramos con potentes campos electromagnéticos, ondas viajeras, sobre cuyas crestas viajan las partículas cargadas al modo de los surfistas cuando cabalgan sobre las crestas de las olas (narración del *Virtual Visitor Center* (SLAC)). ¿Es poco figurativo, insuficientemente figurativo o todo lo contrario? ¿La representación de un pulso o de una onda, de nuevo, es poco figurativo y «contraintuitivo», insuficientemente figurativo o todo lo contrario? ¿Que la carga eléctrica positiva se represente en rojo y la negativa en azul, es figurativo, sí o no? ¿No pertenece, acaso, al arte de la representación?



¿La caligrafía ibérica, la cirílica, , la escritura kais-hu, jusa o katakana, de China, Corea y Japón, respectivamente, la caligrafía árabe, latina o hindi son descendientes del arte de la representación de nuestra especie o consecuencia directa de una raza, cada una de ellas con bases fisiológicas diferenciadas? Lo práctico, para contestar a tal pregunta, es interrogarse por el tipo de cosas que nombran y al propósito que sirven? Contestando a una y otra pregunta, descubriremos que las caligrafías pertenecen al arte de la representación que atesora nuestra especie y que, observando lo que nombran y describen, se descubre su finalidad: calmar las necesidades de comunicación de nuestra especie, con un susrato gramatical que, aunque diferente en sus

formas, sirve al mismo propósito: entendernos, hacer posible la comunicación.

En las caligrafías orientales es más obvia la figuración abstracta. En las occidentales, es más obvia la abstracción formal a la que se le asigna un significado con un poderoso sustrato figurativo. Escribimos 'río' porque podemos asociar a 'río' descripciones y conceptos relacionadas con nuestros sentidos y capacidades intelectuales. Llegan las calamidades, por ejemplo, realizamos la asociación, cuando el 'río' no obedece a nuestro mandato, no respeta nuestra obra civil y se desborda. Las consecuencias son figurativas porque son reales y las conocemos o las hemos experimentado. Cuando imaginamos que en el 'río' se pueden pasar buenos ratos, y hablamos del baño, no es algo indescriptible, es figurativo, real.

¿En los lenguajes formales, informáticos, de programación, se reproduce con idéntica intensidad la figuración? ¿Podría ser de otro modo? Marcamos, etiquetamos y damos instrucciones para que la 'máquina realice ésta o aquella función, real, en un plano, en dos, en 3D o en un espacio y tiempo definido (robótica). ¿Cuánto tiene de figuración que un brazo articulado y pinzado, de una cadena de montajes, tome una puerta y la encaje en un chasis/estructura de un automóvil?

No se discute aquí, si el espacio oscuro del universo está constituido por cosas que existen y todo lo contrario (*muones*) o si la astronomía puede bandearse con tales interpretaciones. Los científicos necesitan contarse las cosas, entre ellos, acudiendo al arte de la representación porque nuestra especie, con razón, es figurativa y bajo ningún concepto, en ningún supuesto, puede prescindir de sus bases fisiológicas, de sus sentidos.

¿Los que viven en mundos simbólicos perfectos, léase los matemáticos, sin limitaciones (cualquier cosa puede ser dividida a capricho), léase los literatos, que

pueden crear ficciones en bucle, ininterrumpibles, trabajan, sí o no, en un mundo figurativo? ¿Qué otra cosa pueden hacer? Cuestión distinta, que aquí no se trata, es si dichos mundos (simbólicos) —como los genios mesopotámicos, los *lammasu*—, pueden existir en la realidad. ¿Puede un computador dividirse en cinco partes iguales? Matemáticamente, sí. Lirerariamente, también. Ambas sintaxis lo permiten. El mundo simbólico lo permite. Es más difícil que lo permita el dueño del computador.

Para los que sostienen “*que todo lo que es imaginable es realizable*”, otorgando al hombre el atributo de la omnipotencia, mucho convendría exhortarles —con palabras, razones y ruegos— a la contención y mesura. La razón bíblica, “*La palabra se hizo carne y habitó entre nosotros*”, lo que nos cuenta San Juan Evangelista, 1, 1-18, “*En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios. Ella estaba en el principio con Dios. Todo se hizo por ella y sin ella no se hizo nada de cuanto existe. En ella estaba la vida y la vida era la luz de los hombres, y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron*”, lo uno y lo otro, mucho ha servido, transmutado, arrancado de contexto, con fines parabíblicos, para alimentar todo tipo de idolatrías y comportamientos delirantes. ¿La **palabra** de un experto es la *palabra* de Dios? ¿Todos los expertos son teístas o tal vez, no teniendo mejor empeño, agotan sus días idolatrando sus propios “*conocimiento*”?

Donde hubo un hombre, enviado por Dios que se llamaba Juan, y que vino para un testimonio, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por él aunque él no era la luz, sino quien debía dar testimonio de la luz, esa parte, precisamente, se la saltan. Utilizan la palabra, como lo hace Dios, dando luz y para que todos se la crean. Ponemos el acento en dos hechos sucesivos, en el poder de representación del texto de San Juan, en primer lugar, y en el uso, para otros fines,

parabíblicos, idolátricos, que tiene el texto evangélico. Ambos disfrutan de idéntico poder de representación (figurativo).

Transitar por los batallones de juegos de consola o en-línea, con tramoya omnipotente, donde los jugadores imaginan que «**tienen el control**», da buena cuenta del inmenso poder de las idolatrías. El imperio de los lenguajes simbólicos, su mandato, la tiranía que ejercen, hunde sus raíces en las élites que experimentan agudo placer cuando «calzan medias y calcetines del revés», obsesiva y compulsivamente. La intuición se sustenta en el conocimiento directo, evidente y se mueve, avanza y retrocede, al mismo ritmo que lo hace el conocimiento. ¿Puede, el hombre, saltarse los sentidos? ¿Desde cuándo?

El espacio interestelar se mira. La fuerza de la gravedad se observa, se siente. La circulación de electrones la vemos cuando ponemos un gas o un filamento en medio. Y sabemos, hasta donde sabemos, medirla. ¿Sentimos el espacio, el tiempo, la velocidad? ¿Quién no? Por los sentidos y los «estados de consciencia» asociados, decimos que el tiempo se curva, entendemos la velocidad de la luz y nos permitimos imaginar nuestra galaxia. ¿Vemos la señal radioeléctrica? La escuchamos y la vemos (radio y televisión) y los espectrogramas nos proporcionan una visión más técnica. ¿Oímos los olores? ¿Quién no ha estornudado, alguna vez, por reacción a olores desagradables o alérgicos? ¿Los olores se ven? Los cromatógrafos dan buena cuenta de ello. ¿Tienen tacto los olores? Todos hemos tenido en nuestras manos, en alguna ocasión, ofertas comerciales de ambientadores 'frescos' para el coche. Estamos hablando del indisoluble vínculo entre los sentidos, entre sí y con los «estados de consciencia».

Los sentidos son parte imprescindible, inevitable, de los «estados de consciencia» que forjamos en distintas estaciones y gracias a ellos, porque tenemos sen-

tidos y son figurativos, es posible la representación, es posible representar los «estados de consciencia».

¿Qué es primero, entonces, el «lenguaje» o las capacidades de nuestra especie para el arte de la representación? El bebé que simula dolor o tristeza para llamar nuestra atención está ejercitando sus dotes en el arte de la representación, se está comunicando con nosotros y no parece necesitar un «lenguaje» morfológica y sintacticamente reglado. Adulto y bebé, niño y bebé, joven y bebé, disponen de habilidades, en distinto grado, para el arte de la representación.

No todos los que tienen altas capacidades para la representación son actores, pero los que son actores, se presume, tienen altas capacidades en el arte de la representación. Todos escribimos, al menos en España, pero no todos somos escritores y tirando del hilo, el arte de la representación trasladado a los «lenguajes» (idiomas), aunque esté demostrada su grandísima utilidad, dígase, no han llegado a su estación término y son perfectibles.

¿Son revisables las características y atributos de los distintos «lenguajes» (idiomas)? ¿Es posible, deseables, su revisión, buscando su atinencia con nuestro «estado de consciencia», con el nivel de conocimiento alcanzado? *Vebor* responde a dicho propósito: salir de laberinto, encontrar una salida. y ganar eficiencia en el arte de la representación. Admitir que el «lenguaje» es deudor de nuestras habilidades para el arte de la representación, incluye aceptar que los atributos y características de los lenguajes simbólicos son perfectibles y que es posible ensayar con ellas, modificarlas o reemplazarlas como hacemos con un guión, para mejor alcanzar nuestros fin: el éxito en la comunicación.

La existencia de un gramática universal común para la especie, como anuncia Noam Chomsky, sugiere la existencia de algo poco mutable. No existen evidencias de que nuestras bases biológicas hayan cambiado en

miles o decenas de miles de año. y Lógico es suponer que nuevas reglas sintácticas en muy poco alterarían, por sí mismas, la eficiencia del «lenguaje»

*Tengo seis honestos sirvientes
(me enseñaron todo lo que sé);
sus nombres son Qué y Por qué y Cuándo
y Cómo y Dónde y Quién.*

Es el poema que abre la historia de “The Elephant’s Child” de Rudyard Kipling, 1906, y es método anti-quisísima que, con las observaciones y precisiones que el caso requiere, laten como sugería Chomsky en la estructura gramatical de cada idioma y, por tanto, en la gramática universal. Desde dicho punto de vista la relevancia corresponde al objeto y fin de la comunicación y algo menos al lenguaje simbólico que se utiliza y las reglas sintácticas que usa. *Vebor*, su enfoque, pone el acento en los atributos del «lenguaje», es figurativo y es multicapa, lo recordamos:

1. **Concreción / Abstracción.** *Tienen ambas capacidades para mejor adaptarse a nuestros «estados de consciencia».*
2. **Significado.** *Cumple con el hecho, irrevocable, de que alcanza significado cuando nosotros le otorgamos significado por haberlo experimentado.*
3. **Persistencia.** *Se adapta a nuestras limitadas y distintas capacidades de almacenamiento y computación.*

La estrategia de *Vebor* para salir del laberinto, para salir de los ineficiencias de los «lenguajes» —lenguajes naturales o idiomas y los lenguajes de programación— se dirige a combatir las que se derivan de su abundancia; las que se derivan de su polisemia involuntaria y las que, por ser muy latosas, se derivan de la inconsistencia, no resolubles desde las reglas sintácticas.

Vebor considera imprescindible descender al basamento, los cimientos, de los «lenguajes». La sintáxis, que tantos quebraderos de cabeza produce entre los lingüistas, intentando extraer matrices fisiológicas (la

neuro y bio lingüística), es un frente de trabajo, que dará mejores frutos en tanto más se aproxime a una visión más cabal y templada de la sintáxis. Escarbar en las reglas sintácticas y en el origen de las palabras, cuando se hace sin anteojeras o prejuicios, sin duda, dará sus frutos y será útil antropológica y científicamente, pero no está escrito que pueda proporcionar alivio para resolver problemas profundos de los «lenguajes»:

1. **Babel.** *Abundancia de lenguajes.*
2. **Polisemia.** *Significados involuntarios.*
3. **Huerismo.** *Inconsistencia incontrolada. Abundancia de expresiones vacías de contenido.*

La Humanidad ha entrado en una nueva fase. Empezamos a conocer la alta significación de los lenguajes, su sustrato y encarnadura y el modo en que operan. No ha sido fácil para *Vebor* desentrañar el significado último de los «lenguajes». No ha sido fácil separar la paja del grano. Cuando se quiere el cereal la paja tiene una utilidad residual y si abunda escamoteando el grano, como es el caso, las dificultades se multiplican.

Vebor ataca el campo semántico, no sintáctico y al hacerlo se aleja de las estrategias lingüísticas al uso. Tampoco es una estrategia cognitiva, tal como la conocemos. *Vebor* se corresponde con una propuesta nueva en el arte de la representación, que ya sabemos que es anterior al «lenguaje», naturalmente, con nuevas reglas e interviniendo, reinterpretando los atributos que poseen los lenguajes y las características más emblemáticas. Es anecdótico que la tarea genere nuevas reglas sintácticas. Ya sabemos que de uno u otro modo tienen que dar respuesta a esa gramática universal que posee nuestra especie.



Comunicación aumentada



LOS SERES HUMANOS tenemos una característica singular, sorprendente. Tenemos unas cámaras portentosas, los ojos, pero no tenemos pantallas. Tenemos unos 105 millones de fotorreceptores por cada ojo, un valor que si lo trasladáramos a una cámara digital nos daría una resolución de 105 megapíxeles (las más caras del mercado ofrecen 40 megapíxeles). El investigador español Luis Martínez Otero nos recuerda que «la resolución de nuestro ojo es brutal aunque, en realidad, solo envía un millón de cables al cerebro, o lo que es lo mismo, un megapíxel de información». Si cada receptor mandara la información, directamente, a la corteza, necesitaríamos 105 millones de cables y un nervio óptico tan grueso como el propio ojo. El consumo energético del sistema, en tal supuesto, sería insostenible. ¿Qué hace el cuerpo, que hace, entonces, nuestro sistema de visión?

Para aliviar un proceso atestado de información, entra en función el núcleo geniculador lateral del tálamo que comprime la información y luego la descomprime. Hace lo que hacen los mejores programas de tratamiento de imágenes, las interpola cuando quiere ampliarlas.

«El núcleo geniculador lateral del tálamo tiene más células que la retina, el doble de neuronas excitadoras, con lo cual vemos que existe una expansión y que, de alguna manera, se ha doblado la capacidad. Además

hemos demostrado que cada neurona tiene información independiente, es decir, que no son redundantes, cada una de ellas interpola la información». Así lo cuenta Luis Martínez Otero y lo traemos a colación para reforzar nuestra premisa, tenemos unas cámaras portentosas, el ojo, y un portentoso aparato visual de respaldo, pero no tenemos pantallas. Vemos, registramos información pero no poseemos recursos biológicos de emisión.

Somos capaces de percibir señales luminosas, pero no somos capaces, biológicamente, de emitirlas. Somos capaces de percibir imágenes, pero no somos capaces de emitir imágenes. Disponemos de cámaras pero no disponemos de pantallas o proyectores lumínicos. ¿Por qué estamos dotado de una portentosa capacidad para percibir imágenes y nos disponemos de capacidad para emitirlas?

Es mucho más importante, para la supervivencia, la percepción de imágenes que su emisión. La supervivencia de nuestros antepasados dependía, fundamentalmente, de percibir bien la realidad que les rodeaba y no tanto de emitir señales al entorno. Nada ha cambiado. Con auxilio de la tecnología, ahora, podemos emitir imágenes. Cabe suponer que las estrategias de comunicación con otros individuos estaban subordinadas a la imperativa necesidad de salvaguardar la propia vida. La cooperación entre individuos, la colaboración eficaz, exige comunicación estructurada (desarrollo y evolución) y soporte biológico para hacerlo, es decir capacidad para recibir y emitir señales.

La capacidad nativa, biológica, para emitir señales está menos desarrollada —no todos podemos emitir, correctamente, una melodía— que la capacidad de percibir las. Hasta fechas muy recientes no hemos sido capaces de estructurar un sistema de comunicación visual y sonoro eficiente (radio y televisión).

Los seres humanos, biológicamente, somos capaces de emitir exclusivamente señales acústicas y las señales visuales que emitimos se derivan de nuestro semblante y los movimientos corporales con un escaso nivel de estructuración. Razón que explica que los lenguajes mejor estructurados se construyeran con soporte acústicos. Los lenguajes escritos, visuales, caligráficos o ideográficos, adaptados a nuestra capacidad para percibir y procesar imágenes, es oportuno insistir en ello, son posteriores al acústico y respetan sus reglas o respetan, dicho de otro modo, esa suerte de gramática universal (interacción con el entorno, con el contexto) que se corresponde con nuestras capacidades para el arte de la representación.

¿Por qué la versión gráfica del lenguaje acústico, la escritura es, visualmente, tan poco atractiva y tan doliente para su aprendizaje y extenuante en su uso? La respuesta es sencilla. Es un lenguaje, el caligráfico o ideográfico, deudor de las reglas del sistema acústico. Desprecia la enorme potencialidad del nuestro sistema visual de percepción de señales lumínicas. La caligrafía es lenta y farragosa, desaprovecha las altas prestaciones, muy altas, extraordinarias, de nuestro sistema visual, al punto de no compadecerse con la potencialidad del mismo, minusvalorándolo, por desconocimiento, y aherrojándolo. Circunstancia que choca de bruces, frontalmente, con la portentosa evolución del cine, la televisión, la producción de animaciones de todo tipo y la interacción con las mismas.

La escritura caligráfica aprovecha en grado anecdótico, a duras penas, el enorme potencial de nuestro sistema biológico de procesamiento de imágenes. La lectura requiere entrenamiento, mucho entrenamiento, porque obliga al cerebro a procesar las imágenes textuales de forma muy diferente a como procesa el resto de las imágenes. Nuestro sistema visual procesa movimiento, colores, texturas, formas, profundidad de

campo, gradientes de luminosidad y la interacción de las distintas señales lumínicas. Y ya sabemos de su fenomenal capacidad de procesamiento. Un rostro, por ejemplo, percibido en la oscuridad, a lo lejos, irradia una luminosidad específica que no puede engañar, sin embargo, al cerebro que lo registró, previamente, en un contexto de mayor luminosidad y proximidad.

¿La inadecuación del lenguaje caligráfico, su falta de desarrollo, hay que buscarla en nuestra incapacidad biológica nativa para emitir imágenes? Sin duda alguna aunque, justo es decirlo, no agota todas las explicaciones. Nuestra incompreensión de nuestro sistema visual para percibir señales lumínicas y su fabulosa potencialidad, es otra explicación muy influyente. Los seres humanos, usando la tecnología, hemos construido múltiples sistemas de emisión y proyección de imágenes y, a renglón seguido, múltiples pantallas de recepción, de creación y emisión de imágenes, grandes, medianas, pequeñas, minúsculas, de pared, de sobremesa, portátiles o de mano. Pantallas interactivas con las que podemos construir, emitir y recibir imágenes, atinentes, mejor acompañadas, con la potencia de procesamiento de nuestro sistema biológico visual.

La universalización de la tecnología hace posible construir —ahora sí— un lenguaje con estructura visual para comunicarnos. Y cabe decir que más que posible es una obligación. La Humanidad ha entrado en una fase en la que ya es abordable abrir el melón del lenguaje visual, con un mayor y más fabuloso poder semántico, a la altura de la capacidad de procesamiento de nuestro sistema biológico visual. Usamos de manera masiva los sistemas electrónicos y dichos sistemas representan el 70% de la comunicación ordinaria de la Humanidad. La televisión, la radio, el correo electrónico, las redes sociales, tienen a la electrónica y a las pantallas como intermediarios necesarios. Dedúzcase que el sistemas biológico de procesamiento de seña-

les visuales es el principal protagonista en dicha comunicación. Los seres humanos nos comunicamos mediante sistemas electrónicos que tienen las siguientes características:

1. **Potencia expresiva.** *Nos permiten construir estructuras gráficas sofisticadas de forma sencilla y rápida.*
2. **Almacenamiento.** *Tienen una capacidad de memorización altísima.*
3. **Proceso.** *Tienen una gran capacidad para realizar procesos de naturaleza muy diversa (cálculo, búsqueda de datos, búsqueda de relaciones, etc.)*

En suma, un escenario de comunicación totalmente nuevo que requiere estrategias semánticas, de «significado» nuevas, de mayor potencial que el que nos ofrecen los lenguajes acústicos, adscritos a nuestro sistema biológico sonoro. Su utilidad y uso están fuera de toda discusión, no se discuten: es extraordinaria y altamente eficiente. Del mismo modo, la potencialidad semántica de nuevos lenguajes visuales, atinentes con nuestro poderoso sistema biológico de procesamiento de haces lumínicos, justo es reconocerlo, también es enorme. La sintaxis, la estructura del significante, de nuevos lenguajes visuales, que puedan conjugar las tres dimensiones espaciales más el tiempo, la luminosidad e integrar otros vectores sensoriales, tendrán un impacto positivo, sobrecogedor por su intensidad, en numerosos ámbitos, particularmente, en la educación y la interacción entre personas. ¿Los lenguajes visuales oscurecerán los acústicos? De ningún modo. Lo dejamos dicho:

1. **Natural.** *Los lenguajes visuales también son naturales. Están soportados por nuestro potente sistema biológico de procesamientos de haces lumínicos.*
2. **Efecto lupa.** *La comunicación visual añadirá un poderoso efecto lupa (comunicación aumentada)*

Al tratarse de lenguajes de nueva planta, tendrán que hacer frente, sí o sí, a los dos azotes que tanto los lastran:

1. **Babel.** *Abundancia de lenguajes.*
2. **Polisemia.** *Significados involuntarios.*
3. **Huerismo.** *Inconsistencia o abundancia de expresiones vacías de contenido.*

La polisemia involuntaria o no controlada, hiperpresente, en la comunicación, diezma la eficiencia expresiva, la lesiona y penaliza. La inconsistencia (falta de contenido), el hueerismo, muy presente en la jergas, emboscado como conocimiento o «significado» es otro bladón que padecen los lenguajes. La abundancia de «lenguajes» para nombrar los mismos asombros y contenidos induce, y no es para menos, perplejidad, revela las enormes potencias de nuestra especie en el arte de la representación sin impedir, por ello, que salte a primer plano, recurrentemente, la conveniencia de «desbabelizar» la Humanidad.

La realidad aumentada que se deduce del efecto lupa trae, otra vez, en esta ocasión por la puerta grande, la figuración como arquetipo que comparten los lenguajes.



La estructura multicapa



LA INTUICIÓN, lo sabemos, no es disociable de los «estados de consciencia», del conocimiento. La podemos seraprar en el ámbito sintáctico. Hacerlo en el mundo real es quimera. Los «estados de consciencia», que se corresponden, milimétricamente, con el conocimiento que acumulan los individuos, uno a uno, iluminan y dictan la intuición. Una inutición que ya hemos dichos que se corresponde con el conocimiento directo, ya aprendido y experimentado. El hombre sin sus sentidos, sin las características de sus sentidos, es otra cosa y si lo fuera, estaríamos hablando de otra especie.

Hemos declarado que el «lenguaje», para todos los supuestos, es figurativo, que es un atributo fundacional. La caligrafía es figurativa, los sonidos lo son. La musicalidad, los armónicos dominantes de los lenguajes, sus acentos, son figurativos, se parecen y se diferencian. Es figurativo porque es deudor de nuestra capacidad para el arte de la representación que sirve un patrón estructural de nuestra especie: es social y su sociabilidad se realiza mediante la comunicación.

El cuerpo, el cerebro, nuestro cerebro, necesita comunicarse y lo hace con mayor o menor fortuna. Lo hace y para tal fin ha creado los lenguajes. Utiliza más métodos, muchos más, pero uno de ellos es el «lenguaje» hablado y escrito. Nadie discute que un ma-

trimonio de sordos y analfabeto (tampoco conocen el lenguaje de los signos) se comunica entre sí y, a su modo, educar a sus hijos.

Son conclusiones que desvelan las características del otro atributo principal de «lenguaje», es multicapa.

Se utiliza, en estos momentos, la capa de ‘nanoslide’ para bañar, es un revestimiento, las camisas de los cilindros de un motor. Reduce las pérdidas por fricción y resiste mejor su desgaste. Es un capa que afecta al rendimiento del motor y a su durabilidad. Para un motor que tiene que propulsar un vehículo, los ratios de fricción son una característica básica. Los lenguajes poseen, del mismo modo, capas, que se corresponden con los distintas estaciones que proporcionan contenido a los «estados de consciencia», los recordamos:

1. **Percepción.** *Explosión perceptiva con huella fisiológica. Intervienen todos los sentidos para atrapar, en este caso, el río y provocar un registro en nuestra memoria a corto, medio y largo plazo.*
2. **Contextualización.** *Nos alejamos del estado perceptivo para ontextualizar la huella fisiológica. Nos distanciamos de la primera estación, para amplificar la huella, agua transparente o turbia, que transcurre con lentitud o agitadamente... reparamos en el contexto del río, para una mejor ordenación de nuestra memoria a corto medio y largo plazo. Otorgamos contexto a la huella fisiológica que ocasionó la explosión perceptiva.*
3. **Entrada.** *Incorporación consciente al contexto. Nos añadimos a la huella fisiológica, incorporando nuestros razonamientos e interpretaciones, otorgándole significado o valor.*
4. **Persistencia.** *Al añadirnos a la huella fisiológica, cumplimos dos objetivos. A) Obtenemos una imagen o concepto, reducido, simplificado, abstracto de la huella, lo que nos garantiza su persistencia a largo plazo (memoria a largo plazo que consume muy pocos recursos de almacenamiento y recuperación). B) Elaboramos una huella abstracta, conceptual, que una vez activada*

puede devolvernos, no siempre, depende del individuo y sus potencias, el conjunto de características de la huella.

¿Y qué hace el «lenguaje» para dar satisfacción a las cuatro estaciones o fases que recorre el «estado de consciencia»? Propociona recursos para facilitar las operaciones. Ofrece un sistema de representación (significantes) mediante sonidos y signos gráficos, organizado en capas, para resolver las siguientes necesidades:

1. **Capa «significante» o representativa.** *Se ocupa del significante. Nombrar lo concreto y abstracto. Nombrar con sonidos y grafías elementos y percepciones, las concretas y las abstractas. Un fenómeno espontáneo que en el transcurso del tiempo, de los siglos, de los milenios, se estandariza. Proceso que necesita asentimiento de la comunidad. Se puede hacer con consenso o imperativamente.*
2. **Capa «significado» o semántica.** *Se ocupa del significado. Organizar cabalmente el significado de todo aquello que se nombra. Significado que se depura, destila, ensancha, amplifica o desdibuja, todo ocurre, en el curso de los siglos y milenios.*
3. **Capa de persistencia y proceso.** *Agrupar el «significado» en contenedores persistentes, de larga duración y fácil recuperación, por un lado y en los que su persistencia, por otro lado, se supone más corta. La persistencia se logra con conceptos, abstracciones, depuraciones o condensaciones de la información, con su categorización y lo hace con palabras, sensaciones, imágenes... conectados a descripciones concretas de más baja persistencia y que consume más recursos de almacenamiento.*

La categorización o conceptualización es una potencia de nuestra naturaleza, con demostrada capacidad de procesamiento. Las tres capas son mandatos, obedecen a los requerimientos de nuestra naturaleza, no son opinables. Los procesos de abstracción, de categorización, por lo antedicho, son indispensables para organizar su persistencia y facilitar su procesamiento. Un concepto puede permanecer en estado latente y ser recuperado de inmediato.



Hegemonía del «significante» sobre el significado

La variedad de grafías y de soluciones fonéticas nos enseña que es un proceso aleatorio y arbitrario que se orquesta, a pesar de lo cual, con procedimientos formales diferentes, en función de las singularidades, pero siempre con el mismo propósito, hacer posible la comunicación. Nos referimos a la capa representativa que crea su propio lexicón y las reglas oportunas, singulares, para resolver el común problema de todas las gramáticas: organizar la comunicación. La primera capa se ocupa del significante cuya razón de existir, no se conoce otra, es transmitir «significado» o ser contenedor para un contenido. La gramática universal, acopia un conjunto de normas que forman parte del satélite «significante», que orbita alrededor del planeta «significado».

Organizar el «significante», que trabaja con elementos que representa arbitrariamente (sonidos y grafías), se ha convertido, en muchos casos en el objetivo último de numerosos especialistas, siendo fuente de no pocos extravíos y malentendidos con descarrilamiento incluido, en muchos casos, del propósito científico inicial. Al punto de suponer y dar por supuesta su hegemonía sobre el «significado».

No son buenos tiempos para el «significado». Se busca. La abundancia de textos, de libros, de drama-

tizaciones de distinta encarnadura, huérfanos de «significado» no importa el ángulo o la posición que se adopte, siendo irrelevante si se empiezan por el último y se culminan por el prólogo, o al revés o si son reversibles, se ha convertido en un problema de inquietantes facciones y peor entraña, avieso.

La abundancia de palabras y su concatenación sintáctica no garantiza el «significado». En ocasiones, pocas veces, la concatenación alcanza el rango de adorno y más de las veces, por desgracia, el «significante» no alcanza el estatus, ni por asomo, ni siquiera, de adorno o propuesta formal (evocación), bien por cambio de contexto, de proporciones, porque genere alguna paradoja, por simplificación o barroquización.

HEGEMONÍA. El exceso de signifiante

Las maneras hablan del signo lingüístico y su concatenación y no incluye, *per se*, «significado», que el contenido, el sentido último del signo, sea consistente. En el ámbito simbólico las cosas pueden existir y no existir y estar, simultáneamente, vivas y muertas, ir y venir sin movimiento, ser o estar sin necesidad vital o encarnadura, estar a -35° y a $+35^\circ$ sin variación temporal o cumpliendo, las personas, y descumpliendo años, a discreción.

Nadie duda de su existencia en el nivel simbólico. ¿Podemos, a discreción, cumplir y descumplir años? Solo en el nivel simbólico. Es competencia que pertenece al ámbito de la coquetería y de la cirugía estética con resultados, exclusivamente, simbólicos.

Son hitos, los anteriores, que pertenecen al ámbito simbólico y de inspiración cabalística. Proclamarlos «contratuitivos» no es suficiente. y sigue siendo insuficiente su demostración en el ámbito simbólico, con reglas que pertenecen al ámbito del «significante», a la capa representativa. Las reglas del «significante»

pueden producir trabazones físicos, «significado», de ensueño.

La acumulación de premios, la catarata de reconocimientos que ha recibido Peter Higgs no ha cambiado un ápice la traza de su bosón, que sigue perteneciendo al rango de la hipótesis, después de una colisión protón-protón (CERN).

La diferencia de potencial entre dos puntos nos indica que los electrones fluyen en determinada dirección y que encuentran resistencia o aceleración. Nada sabemos, hasta la fecha, sobre el número de electrones existentes en la partida y los que alcanzan el otro punto. No sabemos medirlo. Medimos la luminosidad pero en ningún caso, el número de fotones implicados. No sabemos. Medimos distancias, intervalos, flujos, potencial, patrones... ¿Hemos llegado muy lejos o muy cerca? No lo sabemos. Es la respuesta correcta. Ahora bien, ¿es posible obtener una teoría del bosón, en el nivel simbólico? Peter Higgs, R. Brout, F. Englert, G. S. Guralnik, C. R. Hagen y T. W. B. Kibble, la encontraron dentro de la teoría estándar. Al CERN (*Consejo Europeo para la Investigación Nuclear*), le está costando un poco más, demostrar su consistencia (en el mundo real).

Explicar el fracaso alegando que el mundo real es «contratutativo» y que nuestros sentidos estorban y perturban el orden simbólico, la hegemonía del «significante», hiede a excusas.

Examinemos otro caso, más elocuente: los informes PISA (*Program for International Student Assessment*). Habitan entre nosotros y no para bien. ¿Qué miden? Miden el rendimiento de los estudiantes (de 15 años) a partir de determinados exámenes que los expertos consideran «objetivos», porque compara a alumnos de distintas naciones. El informe mide, específicamente:

1. **Dominio del «significante».** *Competencias en los dos lenguajes simbólicos naturales, el gramatical y numérico.*

2. **Dominio del contexto.** *Conocimientos en ciencias naturales.*

Evalúa a los jóvenes de 15 años de los países participantes. No evalúa los sistemas educativos a los que pertenecen sino las competencias de los jóvenes. "Evalúa las aptitudes, las competencias, que son relevantes para el bienestar personal, social y económico de los participantes en las pruebas". Y las pruebas proporcionan, naturalmente, resultados que se extrapolan a sus connacionales.

Las pruebas son de dos tipos: 1) la cognitiva (son problemas y dura dos horas); y 2) la otra. 'La otra' está sin definir, son cuestionarios y dura una hora. La primera prueba, a saber, es cognitiva y la segunda... ¿quizá precognitiva, postcognitiva...? Nadie lo sabe. El informe PISA "toma la precaución de elegir problemas en contextos personales o culturales relevantes" (?).

¿Competencias, bienestar, cognitiva... objetiva, relevante, contexto? Demasiada carga conceptual con una escasa definición. ¿Qué ocurre si afirmamos que las *actitudes* son aliadas inseparables de las *aptitudes*, indisociables? Ocurre, si aceptamos el envite, que el informe PISA se queda sin resuello. ¿Tener actitudes, con 'c', es una competencia? ¿Qué ocurre si afirmamos, de nuevo, que una carretada de aptitudes, con 'p', sin destino, no llega a puerto alguno? ¿Qué importa el viento cuando no hay destino ni puerto al que arribar?

Nos queda, a la postre, que el Informe PISA examina el «significante» y nada o muy poco el «significado» y lo hace porque no duda de la primacía del «significante». **¿Es una estrategia errónea? Lo es.** El «significante» ha crecido, y se oblitera, porque lo ha hecho en primer lugar el «significado». ¿El mayor dominio del «significante» propociona mejores réditos en la investigación o en la innovación? En ningún caso. La investigación o la innovación son muy exigentes en el conocimiento de la realidad. La magnificación del «significante» enturbia la razón.

Las redes sociales son un ejemplo de aglomeración indeseable de «significante». La NSA (Segurite

Securite Agency) parece la única institución, la única en el mundo que saca provecho de las redes sociales. El resto de provecho, el que existe, es anecdótico en comparación con las montañas de «significante», de terabytes, sin destino, auténticos desecho para el que será necesario crear auténticos Centros de Tratamiento de Residuos de «Significante» (CTRS).

A los psicólogos les agrada decir que el «lenguaje» nos forma y constituye porque son con palabras con las que nos hacemos las preguntas y nos dirigimos a nosotros mismos. A las palabras, en tal interpretación, al «lenguaje», le corresponde la misión de apresar la realidad y cada vez que la apresamos, abrimos un nuevo circuito en el cerebro. Y es de ese modo como anteponen el «significante» al «significado», como anteponen el lenguaje al conocimiento verdadero. Se quivocan es, cuesta decirlo, al revés, las palabras las necesitamos porque necesitamos acuñar o estabilizar un conocimiento previo deducido de la propia experiencia y de nuestra capacidad de observación.

Al hacernos la pregunta, a nosotros mismos, ¿por qué lo has hecho? incluimos, fehacientemente, otro rosario de preguntas, el qué, la acción, el contexto, el momento, la duración de la acción, su intensidad, el sujeto o sujetos afectados, los objetos implicados, las consecuencias, la distinta percepción del hecho y de las consecuencias que unos y otros experimentan y puede la pregunta, al fin de cuentas, constituir una pregunta retórica sin «significado» para los más y acaso no trascender el estadio de «significante» retórico sin huella.

¿Y qué decir de los libros de texto? ¿Forman parte, asimismo, del angustioso fenómeno del exceso de «significante»? ¿La mayor parte de los escritos, entonces, es una construcción lingüística sin «significado»? Es una pregunta legítima y craso favor hacemos a la ciencia despreciándola. No conviene tanto poner el acento en el Informe PISA y sí en el método PISA.

Los alumnos universitarios de EE UU, egresados, están demandando a las Universidades y a los respectivos Estados, por obligarles a cursar determinados currículos académicos que no incluían la capacitación o el adiestramiento más conveniente. Les exigen que se comporten como responsables civiles subsidiarios para amorticen los créditos que contrajeron con la banca para estudiar y que, cosas de la vida, no pueden reembolsar porque sus competencias no parecen interesar a nadie o son inadecuadas. Es importante precisar que los que demandan son, precisamente, los que han tenido éxito académico, los que han culminado sus estudios con éxito académico.

¿El exceso de significativo debe considerarse una epidemia? Sería correcto. Los especialistas en conectónica, —el grupo de Larry Swanson (UCLA)— insisten en que “*la corteza cerebral es como un Internet en miniatura*”. Un mejor conocimiento del tipo de conexión que realizan las neuronas, entre sí, ha permitido descubrir la existencia de auténticas «redes de área local» neuronales, anidadas unas dentro de otras como conchas. Ciertos flujos de información, estarían, por tanto, genéricamente integrados en el cerebro, son parte de nuestra naturaleza, de nuestras bases biológicas, de nuestras competencias nativas.

En el caso de los ratones, animales sobre los que más se ha experimentado, dos redes locales (una que gobierna la visión y el aprendizaje y otra que se ocupa de las funciones corporales y regula las funciones de órganos y músculos) constituyen la capa más interna de la corteza cerebral. Y otras dos redes (una para el olfato y otra cuya función es dar sentido a la información procedente de las otras tres redes), forman la capa exterior.

¿Los ratones parecen necesitar una capa que da sentido a la información procedente de otras capas? Otra vez, de nuevo, aparece la necesidad imperativa de embridar el «significativo», desnudarlo de polise-

mia incontrolada, por supuesto, de inconsistencia hasta destilar el «significado». El lenguaje, cualesquiera, está organizado en capas, que se corresponden con capacidades nativas, que recordamos:

1. **Capa «significante» o representativa.**
2. **Capa «significado o semántica.**
3. **Capa de persistencia y de proceso.**

Vebor afirma que es posible intervenir, cuando hablamos de «lenguaje» (hablado y escrito) en la **Capa 2** (significado) con nuevas estrategias, que tendrán su impacto en la **Capa 1** (significante) y en la **Capa 3** (Persistencia). Todo el trabajo de procesamiento y destilado que se ahorre a la capa fisiológica cuya misión es extraer sentido, significado, tanto mejor para la Humanidad.



Potencia de nuestro hardware biológico



NO HA SIDO POSIBLE —hasta la fecha— identificar una lengua originaria, la que corresponde al *Homo sapiens*, una protolengua. Aceptamos, tácitamente, la existencia de una lengua protoindoeuropea (PIE) origen de las nueve grandes familias lingüísticas. No sabemos, y es lo que queda, señalar y marcar los eslabones que unen a los distintos troncos. ¿Buscamos, acaso, lo inexistente o lo accesorio e irrelevante? Lo único cierto es que buscamos la lengua PIE en la esperanza de que su hallazgo, de producirse, explique al *Homo sapiens*, explique las reglas y fines de la comunicación y explique nuestro conocimiento. Que explique al *Homo sapiens* aunque sea parcialmente.

La creencia, muy expandida, con rango de **leyenda urbana**, que capitanean los que gustan calzar medias y calcetines del revés, de que el «significante», precede al «significado» es el origen del malentendido y, sin duda, del poco rendimiento, en términos de conocimiento, de tales pesquisas. No aceptar que el «significante», sus fomras, tiene raíces arbitrarias (arbitrarios entre muchas posibilidades) que usa el conocimiento, el «significado» para propagarse, para realizar la comunicación, está teniendo un durísimo precio en términos de conocimiento.

Tenemos alrededor de 3.000 idiomas diferentes. Solo en África se han identificado alrededor de 1.500 idiomas con desigual base social. Y que de los

3.000 idiomas hablados solo 600 cuentan con más de 100.000 hablantes. ¿Por qué la diferencia, tanta diferencia, si los utiliza una única especie? ¿Por qué una especie, es la pregunta, que comparte características genéticas se diferencia en su habla o sistema de comunicación? La respuesta viene dada por un hecho singular, compartimos capacidad biológica para comunicarnos y nos diferenciamos en el uso de recursos simbólicos para compartir conocimiento, que unos y otros hemos creado, porque nuestra naturaleza lo permitía, arbitrariamente.

Compartimos capacidades, el *Homo sapiens*, no importa su origen, comparte capacidades, posee capacidades similares, y lo hacemos porque la potencialidad de nuestro sistema integrado de sonido e imagen posee una gran versatilidad, capacidad combinatoria, en el espectro de frecuencias en el que se ejercitan uno y otro. Compartimos y poseemos, expresado con metáfora informática, hardware biológico de intensa potencialidad, con capacidad para generar y gestionar (en el espectro de frecuencias en el que se ejercitan), sin ayuda de las máquinas, una ingente capacidad combinatoria. Existen 3.000 pudiendo existir centenares de miles. El contexto antropológico —que son causas ajenas a nuestro hardware biológico— han determinado el número de lenguas, con tendencia, en términos históricos, a comprimirse.

El sistema integrado de sonido, emisión y recepción de sonidos, un sistema altamente complejo y sofisticado, está asociado a otro, el sistema integrado visual de recepción y emisión de imágenes, los ojos «la retina, la mácula, el nervio óptico, el núcleo geniculado lateral del tálamo... nos permiten ver, recibir y emitir imágenes. Las emitimos cuando las componemos con el cuerpo, con el gesto, con las manos, cuando ilustramos, esculpimos o dramatizamos, cuando escribimos, forma parte de nuestras capacidades en el arte de la representación, sin y con auxilio de la tecnología. Emitimos y captamos imágenes y, además, añadiendo

potencialidad, nuestro sistema biológico posee una demostrada capacidad de gestión de tales recursos, almacena, discrimina, jerarquiza, economiza y relaciona la información que capta y emite.

Muchas veces se ha dicho que emitimos una variedad muy grande de sonidos para nombrar las mismas cosas, aserto del que cabría deducir que compartimos capacidades, porque el objetivo real es «nombrar» y no la forma o el ruido que utilizamos.

INTEGRACIÓN. Comunicación

Tenemos por costumbre y es más que probable que estemos hablando de una muy mala costumbre, muy perturbadora: estudiar de manera separada y aún más, divorciada, los recursos simbólicos (ruidos) del sistema de sonido, por un lado y, por otro, los recursos simbólicos (caligrafía, imágenes, estáticas o no) del sistema visual. Y lo hacemos, a sabiendas, de que el verdadero objetivo de ambos sistemas, no existe otro, es la comunicación, el traspaso de conocimiento individual o personal en cualquier forma, entre individuos, de uno a uno, de muchos a muchos, de uno a muchos.

¿Forman el tacto, el olfato y las papilas gustativas, los sistemas biológicos que los sostienen, parte del sistema de comunicación? Naturalmente que sí. ¿Podría ser de otro modo? Si la comunicación sirve al propósito del uso de variados recursos simbólicos para traspasar conocimiento, el olfato, el tacto, las papilas gustativas y nuestro sistema de alerta para percibir vacío, peso, velocidad, temperatura, dolor, placer y peligro, trabajo y recompensa, necesariamente, son sistemas que forman parte, indisociable de la comunicación, de nuestro sistema integrado de comunicación. ¿Podría ser de otro modo?

Nuestro afán por disociar, por fracturar el sistema integrado de comunicación, puede que sea la causa principal directa, responsable del poco éxito científi-

co en la búsqueda de una protolengua precursora. El problema subyacente, que no hemos superado, que estamos lejos de superar, que explica el despropósito, es suponer que el lenguaje precede al conocimiento, que el «significante» precede al «significado». Que los símbolos, en suma, son los que crean conocimiento. ¿Qué razón, sustantiva, legítima que el símbolo alumbraba el conocimiento? No existe. Utilizamos los símbolos para acotar el conocimiento. ¿Puede ser de otro modo? ¿Qué es primero el *Homo sapiens* o el lenguaje? ¿Crear símbolos es una forma de conocimiento? Claro que sí, cuando, en efecto, se crean. ¿Quién los crea? ¿Tiene el *Homo sapiens* hardware biológico nativo, suficiente, con capacidad para generar, emitir y procesar símbolos? Está demostrado.

Nos entretenemos buscando fonemas, morfemas y características morfosintácticas, como si de tal búsqueda se dedujera conocimiento germinal. El trabajo lingüístico sobre el abundante uso de símbolos que utiliza el *Homo sapiens* conduce al examen de la estructura formal de la comunicación, del «significante» sin que afecte a la forma y organización del conocimiento. ¿Tiene sentido la arqueología lingüística? Es evidente que lo tiene. No debe inferirse, en todo caso, que aporte luz, por sí misma, sobre nuestras capacidades biológicas para la comunicación y si podemos o no implementarlas con la tecnología o, mejor, con el conocimiento de nuestra época y el venidero.

IDIOMAS. Aprendiendo ruidos

La humanidad se ha propuesto, desde tiempos remotos, aprender idiomas para facilitar la comunicación. Aprendemos diferentes idiomas, los que nos parecen de más éxito o, puntualmente, necesarios. Inercia social contraria al esfuerzo que realizan las grandes empresas tecnológicas, automatizar la morfosintaxis de los distintos idiomas, para derribar barre-

ras. Es un esfuerzo antagónico al esfuerzo titánico que están haciendo los sistemas educativos. El aprendizaje de lenguas se asocia, falsamente, a obtención de conocimiento. ¿Hablar inglés nos convierte en innovadores, en científicos o militarmente poderosos? No parece. Nuestro propósito está más cerca del esfuerzo de las empresas tecnológicas que del que realizan los sistemas educativos. El aprendizaje de idiomas resuelve problemas capilares, por muy estratégicos que se le supongan, y ninguno de fondo.

¿La automatización de los distintos idiomas hablados y escritos, la traslación de contenidos de unos a otros, qué revela? La existencia, ya se ha dicho, de una gramática universal, presidida, por las reglas del «significado».

Las empresas tecnológicas atienden primero al objeto de la comunicación (establecer relaciones, vínculos y compartir información y conocimiento) y, al revés, los sistemas educativos atienden, esto es lo que decimos, celebran o festejan las capacidades de nuestra especie en el arte de la representación, se solazan aprendiendo otros «significantes». A los sistemas educativos parece importarles más, insistentemente, la propagación de determinados ruidos, esto es, aprender nuevos ruidos, que el objetivo último de los ruidos, la comunicación con determinado propósito. La transmisión de conocimiento, el establecimiento de vínculos y relaciones orientados a la resolución de problemas o la formulación atinente de preguntas, ha sido degradado a un plano inferior.

SIGNOS. La vida íntima de los símbolos

El oído externo, medio, interno o el órgano fundamental de la propiocepción del proceso auditivo, el órgano de Corti, pero también la nariz, dientes, labios alveolos, lengua, paladar duro, blando, úvula, cuerdas vocales, y más, mucho más, forman el sistema inte-

grado de sonido inseparable del sistema integrado de comunicación, que moviliza a todos los sentidos y activa subsistemas que generan su integración. Un sistema integrado que codifica símbolos, sonidos, alertas, asombros, emociones, desvelos... para revelar su ser, su vida íntima y secreta, su significado real hasta donde es posible.

Entramos en la alcoba, en la estancia de los símbolos, para saber de sus modos, su articulación y el punto de articulación. Queremos conocer —y para eso invadimos su alcoba— si los sonidos se corresponden con vocales, con consonantes, si son fricativos, oclusivos, laterales o vibrantes, sonoros o sordos (?). O si son labiales, bilabiales, palatales, velares... por el punto de articulación, o si son orales o nasales y más y más características... las entonaciones, los acentos... porque no habla de igual modo un granadino que un almeriense, uno de Málaga, que un cántabro y, de igual modo, Vd. que su vecino. No habla de igual modo un vecino de Edimburgo que otro de Leed y no lo hace de igual modo uno de Berlín que otro de Múnich.

La intimidad de los símbolos fónicos los hace singulares, morfológica y sintácticamente. Es más discutible, no obstante, que dicha diferencia sea sustantiva para los auténticos fines de la comunicación, por ejemplo, la transmisión de conocimiento, de afecto duradero, de entusiasmo, hacer cosas... Su estructura formal, con frecuencia, ya lo sabemos, generan confusión, ocluyen el conocimiento, lo dispersa, lo disocia, impiden el vínculo afectivo o desincentiva cuando nos proponemos lo contrario, hacer. Podemos descender hasta la más leve y frágil singularidad de cada símbolo sonoro, hasta su ser más íntimo, desde el punto de vista morfosintáctico o lingüístico, sin que tales pesquisas colaboren o contribuyan a mejorar, ni siquiera un poco, la comunicación y sean relevante para una mejor y más atinente organización del conocimiento. No se pone en menoscabo la actividad y labor lingüística, de utilidad demostrada para estandarizar símbolos (cali-

gráficos y fónicos), labor encomiable que aprovecha la comunidad y la proyecta en el tiempo. Ponemos en discusión, eso sí, la presunción de existencia, la presunción de utilidad, de un protolenguaje de idénticas características, morfosintácticas, precursor de los idiomas que hoy usa la Humanidad con relevancia para explicar, al tiempo, a la propia Humanidad.

A saber, decimos, que el *Homo sapiens* no nace con un lenguaje aprendido y tampoco con un protolenguaje. No. Nacemos con un hardware biológico de importantes y relevantes prestaciones para el procesamiento de señales. Con eso nacemos.

VEBOR. Misión

La automatización del conocimiento y el prototipado de herramientas de comunicación que minimicen el «significante» sin «significado», es misión se propone *Vebor*. Dedicamos horas, días, semanas, meses, años, décadas, siglos a desentrañar la realidad despojada de «significante», que no apunta a parte alguna, que simula sentido pero en falso. Es mucho tiempo el que se pierde, el que perdemos, el que hacemos perder, el que nos hacen perder, el que consumimos en balde, cuando el tiempo, precisamente, que todavía no es reversible, era, es, y seguirá siendo, entre escaso y muy escaso.

La organización del lenguaje, su morfosintaxis, depende, exclusivamente, del conocimiento que se posee en cada época. Y es atinente afirmar que la organización del lenguaje, en el tiempo presente, es rehén de una organización arcaica del conocimiento. El «significante» logró un nivel de organización muy alto en siglos pasados, (independizándose del conocimiento), que ha devenido en fuentes de equívocos y en azote para el propio conocimiento, el que ha inundado de confusión, de zozobra, de ruidos, de símbolos, vacíos de contenido. Y es posible la afirmación que hacemos, a

capón, porque el conocimiento, el «significado» evoluciona, avanza, y las reglas morfosintácticas, el «significante», no, permanece estancado.

¿Las estructuras morfosintácticas convencionales, que en algún tiempo sirvieron a la expansión del conocimiento son, en el tiempo presente, un baldón? Es el caso. Las citadas estructuras morfosintácticas están afectando al conocimiento, al «significado» y su evolución de manera negativa. Decimos que presionan sobre el conocimiento, sobre el «significado», lo esclavizan y comprimen. No estamos hablando de las múltiples acepciones de una palabra que nuestro hardware biológico (el que gestiona y administra la comunicación) puede discriminar, hablamos de su ineficiencia en el más amplio sentido de la palabra, de su farragosidad, tanta como la que aquí se necesita para expresar muy pocas ideas.

RETRASO. La morfosintaxis no tiene quien la escriba

El cine, el teatro, los juegos, la señalética y el muy abundante arsenal semiótico, que no deja de crecer, deudor en su conjunto de las fabulosas potencias de nuestro hardware biológico, está dejando sin correspondencia, sin correo, a las actuales reglas morfosintácticas. Situación que evoca al coronel Aureliano Buendía, veterano de la Guerra de los Mil días, retirado en un pueblecito de la costa atlántica colombiana, que esperó inútilmente la carta en la que le comunicaban su pensión.

Amén de emisor y receptor, el «significante» requiere la existencia de mensaje (contenido), de «significado». Sin «significado» no existe comunicación. La comunicación requiere código compartido por las partes que interactúan (los símbolos); la existencia de canal (aire, papel, pantallas); la existencia de voluntad de actuar como emisor y receptor, explícita, declara-

da o casual; la existencia de contexto o entorno en el que se produce; y la existencia de función, si afecta al emisor, al receptor y sus características si es poética, con belleza, si es conceptual, si es referencial (sobre el contexto) o si es implicativa o fáctica, que implica muy directamente a los intervinientes. Son funciones que, de nuevo, ponen el acento en las tácticas en el uso del lenguaje simbólico, del «significante». Por eso hablamos, también, de la función locutiva (lo que decimos), la función ilocutiva (lo que hacemos cuando lo decimos) y la perlocutiva (lo que conseguimos después de decirlo), funciones que alumbraron la pragmática o pragmalingüística con sus distintas teorías:

La teoría de los actos del habla o cómo hacer cosas con palabras, pone el acento en los fines y objetivos. Oraciones similares que producen efectos distintos y, al contrario, oraciones disímiles, que producen igual resultados.

La teoría de la relevancia o cómo oraciones similares adquieren significado y contenido diferente dependiendo de las características de los que participan en la conversación. Lo que pasa inadvertido a los demás, adquiere un especial sentido entre los participantes.

La teoría de la cooperación, con reglas y contenidos pactados que facilitan el entendimiento.

La teoría de la argumentación, que pone el acento en los objetivos y menos en las reglas simbólicas.

Es forzado decir que a *Vebor* le interesa, sobremedida, la pragmática, las funciones del lenguaje y la teoría de la cooperación. Es preferencia que nos permite advertir que:

- **Confusión.** *Las técnicas convencionales son muy poco prácticas para segregar los símbolos o unidades simbólicas vacías de contenido y que lesionan la potencia comunicativa de nuestra especie.*
- **Disgregación.** *Los distintos ruidos de distintos idiomas, (actos del habla o hacer cosas con las palabras) comparten «significado», disgregación que consideramos accidental, casual, anecdótica y que lesiona la potencia comunicativa de nuestra especie.*

- **Necesidad.** *La construcción de los idiomas es un producto de la necesidad (somos una especie social), que las necesidades han cambiado y que dicho cambio requiere un nuevo lenguaje para aumentar, decididamente, la potencia comunicativa de la especie.*
- **Potencia.** *Los actuales lenguajes se compadecen poco o muy poco con las potencias biológicas de nuestra especie para la comunicación.*

¿Estamos diciendo que nuestra especie puede asumir y gestionar una lengua de mayor potencia y envergadura? Eso decimos. Puede parecer, en contexto, observaciones en exceso obvias o prescindibles. En contraste, no es vano recordar que la humanidad sigue cultivando estrategias comunicativas, fónicas y caligráficas, muy farragosas y controvertidas para el tiempo presente. De una única dimensión, cuando nuestro hardware biológico (el que administra la comunicación integrada) puede gestionar:

1. **La profundidad de campo** (*las tres dimensiones*).
2. **Los intervalos temporales** (*el tiempo*).
3. **Los desplazamientos** (*el movimiento*)
4. **Las señales de alerta** (*automatismos simpáticos biológicos*).
5. **Las señales emocionales** (*atmósfera anímica*).
6. **Las señales trascendentes** (*orientadas al futuro*).

Potencialidades a cuya convocatoria las modernas tecnologías, que nos acompañan día y noche, están en condiciones de acudir, al menos en un grado y potencia inimaginable hace apenas unas décadas. Potencialidades, justo y conveniente es recordarlo, de las que depende la funcionalidad, el propósito último de la comunicación y que revelan la inadecuación, la farragosidad, la poca versatilidad y eficacia de las actuales reglas morfosintácticas. ¿Es posible, o mejor, deseable, inspirar y construir una lengua causal, llámase *Vebor*, mejor adaptada a nuestro hardware biológico? Las actuales reglas morfosintácticas, el «significante» tiranizando al «significado» ni son inamovibles ni han llegado al final del camino. Han recorrido un trecho, importan-

tísimo para la Humanidad, pero todo indica que su vigencia empieza a declinar y que su supervivencia, tal como hoy las conocemos, empieza a estar seriamente comprometida.

Vebor es causal porque se propone favorecer la comunicación y obtener mejor rendimiento de nuestras habilidades y competencias en el arte de la representación. Tiene un fin y se propone servir en el «significado», su estrategia es «semántica» con el correspondiente impacto en el «significante». Los idiomas, su morfosintaxis, son deudores de necesidades de otrora, de necesidades del principio de los tiempos de la especie, con variaciones de corte evolutivo, las que se han producido en el curso de los siglos, desde luego exitosas, para amplificar su uso y a las que estamos agradecidos y con las que podemos expresarnos.

INTEROPERABILIDAD. Hombre y máquina

Vebor, es un lenguaje automatizable, que puede ser operado por los humanos y por las máquinas, simultáneamente. Quiere ser, de manera voluntaria, la causa de una comunicación más exitosa y eficiente, porque pone el acento en su función cooperativa, en la eficiencia que se alcanza cuando se cumplen principios de:

1. **Contención.** *Menor asignación de recursos de significativo*
2. **Cualidad.** *Requiere menos datos (información) aunque mejor asignados.*
3. **Relación.** *Mejor definición de vínculos.*
4. **Valor.** *Reduce la polisemia facilitando su lectura y comprensión.*
5. **Consistencia.** *Descarta el huerismo. No es posible la ausencia de contenido.*
6. **Belleza.** *Apertura a nuevos recursos expresivos.*
7. **Dualidad.** *Puede ser operado por humanos y máquinas (hechas por humanos).*
8. **Ubicuidad.** *Economía espacial o indiferente a la geoposición idiomática del usuario o máquina..*

9. **Historicidad.** *Puede ser almacenado y recuperado de manera automática.*

La programación orientada a objetos, que distingue entre «comportamiento» o código y «estado» o datos, bien conocida, es de aplicación a las características estructurales que proponemos para *Vebor*. Necesitaremos una programación orientada y relacional. Orientada a:

1. **Funciones.** *Misión + procedimiento + comportamiento + estado.*
2. **Recursos.** *Procedimiento + comportamiento + estado.*
3. **Objetos.** *Comportamiento + estado.*

Lo que tenga que ser opaco o translúcido deberá serlo, y lo que deba ser ambiguo o preciso, será reconocible. Lo que tenga que ser cierto, estará expedito de dudas, lo que tenga que ser en grado de hipótesis o con rango de conjetura, estará señalado. Lo que pueda contarse con una imagen o con desplazamiento, será de aplicación. Lo que reproduzca o sea de utilidad a la capacidad relacional de los hombres, será desarrollado. Lo que contribuya a la convergencia de lenguajes, funciones y propósitos será desplegado.

¿Lo expuesto se parece mucho a una carta a los Reyes Magos? NO. Es un reto que la Humanidad tiene ante sí y *Vebor* se comporta como banderín de salida, es su verdadero cometido. Señalizar el propósito e inaugurar una nueva estrategia para intervenir en el «significado».

Vebor no contraviene la diversidad, la incluye, la protege defendiendo el objetivo final, la función. *Vebor* se revela contra la hegemonía del «significante» sobre el propósito. *Vebor* está al servicio del propósito, de las necesidades de comunicación de la especie, con una salvedad: respeta y reconoce nuestro enorme potencial expresivo (natural o biológico).

Vebor, desde el punto de vista de la cognomática, es «lengua» y «lenguaje». Es «lengua» porque es versátil y será usada con libertad y será «lenguaje»,

esestructurado, desde el punto de vista gramatical y tecnológico, porque estará programado.

VEBOR. Lengua causal y relacional

Vebor está a decenas de miles de años de distancia del hombre primordial, aquel que exploraba las potencias de su encarnadura, de su naturaleza. Las lenguas, los distintos idiomas son apenas el resultado de dicha exploración. El 'latín', la lengua del imperio romano, nos mostró, enseñó, que una lengua racional, superpuesta al hombre, de diseño, era posible. Occidente ha heredado su caligrafía.

Y también nos enseñó que podía ser desbordada por nuestra propia naturaleza y reutilizada para ampliar su potencial comunicativo. La evidencia de que no venimos del latín, que la lengua española hunde sus raíces en la lengua ibérica (que disponía de su propia caligrafía) es cada día que pasa más obvia. La influencia del latín sobre el ibérico que hacían de sustrato, es sustantiva, sin embargo, justo es decirlo, no venimos del latín y mejor que nosotros lo explica bien Carmen Jiménez Huertas.

La impronta del latín, sobre nuestra caligrafía, es una prueba de altísimo interés en tanto testimonio de que la acción del hombre, programada, estructurada, sobre sus usos y costumbres y ser eficiente y duradera. Se dice del chino mandarín que primero fue su escritura y después su estructura sonora, que le servía al emperador para administrar y obtener testimonio duradero de sus posesiones, no siendo necesario compartir la lengua hablada de sus súbditos. La propagación de mandarín escrito, alumbró, en el curso de los siglos, la expansión de la estructura sonora del mandarín. ¿Los escribas que diseñaron e hicieron evolucionar el mandarín escrito, lo inventaron, era de nueva planta o se inspiraron en su propia lengua hablada hasta lograr

que el «significante» expresará el «significado» perseguido? La respuesta es fácil.

Vebor reconoce la potencialidad de nuestra naturaleza, y tendrá que abstenerse, poner mucho celo, en añadir factores inútilmente restrictivos, que mutilen nuestras potencias biológicas, nuestras habilidades en el arte de la representación.

Tendrá que ser racional, claro que sí, por supuesto, no existe alternativa, pero siéndolo, deberá, subordinar el «significante» para poner el acento en el «significado», en el propósito relacional de cualquier sistema que se autoprocleme de «comunicación». En ese sentido será una lengua causal, nace para facilitar y potenciar la comunicación.

Vebor será causa de comunicación. Es un software que se compadece con nuestro hardware, que facilita y expande su misión. Los idiomas, su estructura, utiliza muy parcialmente, de manera azarosa, nuestras potencias biológicas. Permanecemos estancados en el Idioma 0.1 —sirva la metáfora— y necesitamos escalar al Idioma 3.0 y más. ¿Nuestra escritura, la de las lenguas occidentales y orientales, sobrevivirá en el tiempo? Nuestra respuesta, taxativa, es NO.

Habrán cambios y *Vebor* es un jemplo de tal deriva o tendencia. Cambios que alumbrarán nuevas formas sonoras. No es la primera vez que ocurre en la historia, ni será la última.

¿Es posible la comunicación sin relación? No lo es. Existe, incluso, la relación de separación. Lo que está unido y se separa y lo que está separado pero puede unirse. Nos unen tactos, olores, sabores, sistemas de alerta, sonidos y visiones.

Nos unen las sátiras, las burlas, las melodías o las emociones, que son virales en nuestra especie y pueden propagarse de manera remota (por la televisión, la radio...). Cuando decimos que *Vebor* estará al servicio de los propósitos, de las funciones, estamos diciendo que sirve a las relaciones, el verdadero objeto de la comunicación.

TRADICIÓN. El peso de la memoria

No es pequeño el reto de *Vebor*. Es muy exigente en consumo de energía y no es fácil generarla, acumularla y organizarla. Nuestros reflejos están condicionados por una larga tradición, por el laborioso y forzado entrenamiento para familiarizarnos con sonidos (el ruido) y las imágenes (caligrafía) de las distintas lenguas. Ascender peldaños, romper, acaso, el corsé caligráfico y fonol de los idiomas no es tarea sencilla. Y tampoco lo es, levantar nuevas reglas que respeten los «principios» y estrategias de «programación orientada» de *Vebor*.

La RAE (Real Academia Española), limpia, fija y da esplendor. *Vebor* está obligado a idéntica misión, pero no con las palabras, misión del pasado. Lo tendrá que hacer con el conocimiento, en el área del «significado» para ahuyentar lo que está vacío de contenido o es inconsistente de manera radical. Expurgar el ruido, separar el grano de la cháchara y organizar las funciones, los recursos, los objetos y los datos, es tarea de altísima complejidad. *Vebor* podrá duplicar, triplicar, cuadruplicar... replicar sus depósitos cuando lo necesite, con criterios de seguridad y accesibilidad, y tendrá que tomar decisiones sobre los que mantiene en coma flotante. Lo que no podrá hacer es amontonar o emborronar la comunicación, confundir a los usuarios o sobrecargar a los operadores, hombres y máquinas.



CAPÍTULO VI. COMUNICACIÓN FALLIDA

¿Lenguas o agilenguas?



VEBOR SE PROPONE ser lengua (versátil, de uso común) y lenguaje (programado) en el sentido más informático de la palabra. Y debiera cumplir, en todo caso, en su proceso de maduración, determinados requisitos, etendrá que ser:

- **'A' (Adaptativo)**. *Vebor, en tanto lengua, es fácil de usar.*
- **'G' (Grácil)**. *Vebor, en tanto lengua, mejora la eficacia comunicativa. Es multidimensional y rápida.*
- **'I' (Integrador)**. *Posee, en tanto lenguaje, una función integradora de recursos expresivos.*
- **'L' (Liberador)**. *Libera, en tanto lenguaje, la comunicación de inconsistencias no deseadas y está bajo control del usuario, para su escritura y su lectura.*

Es así como se forma el concepto «AGILengua» o «lengua de lenguas», la que será usada y compartida, transversal a todas las lenguas. Lengua científica, narrativa, coloquial, de mayor potencia expresiva y desambiguada o ambigua, cuando lo requiera el objetivo pero no estructuralmente ambigua. Una «AGILengua» no es estructural e inevitablemente ambigua, como las que conocemos. *Vebor* debiera poner el énfasis en la lectura y escritura personalizada, bajo estricto control del usuario, y orientada sus pasos al contenido, al «significado» que habrá que poner bajo el mandato del conocimiento y capaz de advertir lo que es hipótesis, conjetura o rumor, lo que es verdad de lo que

es inspirativo. ¿Puede ser de otro modo? Necesitamos *agilenguas* y *Vebor* desbroza el camino.

¿Cuánta verdad contiene una novela y cuánta un artículo científico? ¿Cuánta contiene un cuadro y cuánta una película? ¿Cuánta y cuán duradera? ¿Es posible la respuesta sin desentrañar, previamente, la palabra verdad? *Vebor*, su estructura, tendrá que hará más fácil y sencillo enfrentarse a retos imposibles de desentrañar en el actual estado de los idiomas. La «consistencia» no es alcanzable, graciosamente, automáticamente, en el mundo real, con artefactos que son consistentes, solo, única y exclusivamente, en el ámbito simbólico o del «significante» Otro tanto ocurre con la polisemia, o múltiples «significados», con frecuencia, contradictorios entre sí.

PRAGMÁTICA. Propósito de la comunicación

La pragmática es disciplina que ha puesto el foco en el objetivo de las lenguas, de los idiomas, en las funciones:

- **Locutiva.** *Lo que decimos.*
- **Illocutiva.** *Lo que hacemos cuando lo decimos.*
- **Perlocutiva.** *Lo que conseguimos después de decirlo.*

¿De qué nos habla la pragmática? Nos habla del propósito de la lengua, a saber, de la comunicación, del objetivo último de las lenguas: comunicar(se), comunicar(*nos*). No se ocupa de la acción «comunicar», se ocupa, del propósito de dicha acción. Un propósito de gran interés para la cognomática y que constituye la espina dorsal de *Vebor*. ¿Es posible vertebrar una lengua, un nuevo lenguaje, *Vebor*, sin divorciar realidad, «significado» o conocimiento, del «significante» o símbolos que lo representan y estos de los objetivos? *Vebor* se propone su integración atinente, cooperativa, sin hegemonías tiranías y contraproducentes. Las lenguas, todas, poseen una estructura formal, fonética y caligráfica, con el propósito de facilitar

la comunicación, el acto de comunicar. Poseen una organización sintáctica y otra semántica que estructura el «significado» haciéndolo deudor del «significante». Poseen, al tiempo, es lo más desconcertante, una estructura **desintegradora** sobre la que conviene reflexionar.

Las lenguas e idiomas que conocemos, y los numerosos especialistas que se ocupan de su sostenimiento, tradicionalmente, ha esquivado el papel que juega la función integradora o el macrosistema biológico que sostiene la «comunicación». Silencian, maliciosamente, cuando estructuran el «significante» innumerables recursos asociados a dicha estructura formal. A la estructura formal se añaden, lo hacemos consciente e inconscientemente, el resto de sentidos, los sistemas biológicos que los sostienen, los subsistemas que crean, por combinación de recursos que hace posible el gran macrosistema biológico del *Homo sapiens*, que permite comunicar(*se*) y comunicar(*nos*), realizar nuestra específica sociabilidad.

También decimos que los idiomas ponen poco celo en la sostenibilidad de los contenidos, en la higiene semántica, en las abluciones diarias que es preciso realizar para eliminar inconsistencias (calcificaciones, suciedad, infecciones...) y abundancia de expresiones vacías de contenido (células muertas). Una «**agilengua**», mejor adaptada a ese gran macrosistema biológico (que posee el *Homo sapiens*), el que realiza la comunicación, con competencia, ahora somos conscientes de ello, para gestionar una «agilengua», facilitará la salida del laberinto:

1. **Babel.** *Abundancia de lenguajes.*
2. **Polisemia.** *Significados involuntarios.*
3. **Huerismo.** *Inconsistencia o abundancia de expresiones vacías de contenido.*

Los idiomas serán reemplazados por una «agilengua», que se corresponde con otro estadio de la comunicación, del conocimiento y de la tecnología.

IDIOMA. Es una aplicación

Las lenguas, los idiomas, tienen un único y exclusivo objetivo, con exclusión de cualquier otro: facilitar la realización de nuestro ser social. El objetivo: comunicar(*se*) y comunicar(*nos*). Es una herramienta. Y como tal, perfectible. El uso de dicha máquina/herramienta no se corresponde con un acto individual o íntimo, solitario. La herramienta tiene una dimensión social, colectiva, grupal, e incluye al otro o a los otros. En el acto de escribir que rinde como un acto solitario, existe también, sin embargo, destinatario. Las lenguas, los idiomas, sirven a las personas y son instrumento de interacción (más de uno). Las lenguas despliegan un arsenal de símbolos sonoros y gráficos (asociados con desigual destreza a «significado») para hacer posible la comunicación, para trasladar de unos a otros, el conocimiento adquirido, la experiencia acumulada o los asombros íntimos o compartidos. Las lenguas se comportan como aplicación, como herramienta que despliega nuestro hardware biológico para realizar la especie (que es social). El único objetivo de los idiomas, por tanto, es la comunicación o lo que es lo mismo, diseminar entre los partícipes el conocimiento, el significado que está asociado a los recursos expresivos, al «significante».

La comunicación, en otro orden de cosas, se realiza por múltiples vías, utilizando el cuerpo, la expresión oral, la expresión escrita, ideográfica o simbólica y se realiza con la combinación de todos los recursos o una asociación específica de los mismos. El uso de un recurso, de una combinación de los mismos o de todos, depende de los objetivos esperados y de la táctica o técnica desplegada para alcanzarlos.

Si la comunicación es entre niños, entre jóvenes, entre adultos y niños, entre personas que usan distintas lenguas o, lo contrario, que las comparten, si comparten contexto, si el objetivo es informar, experimentar, divertirse o educar (que requiere la combinación

de todos los recursos), dependiendo de cada supuesto, el despliegue de recursos se realizará en función de los objetivos. Las idiomas, para mejorar su eficiencia en la comunicación, añaden muchos recursos extraños a su encarnadura y no obstante capitales para el cumplimiento de sus fin. Añaden los gestos, los semblantes, la intensidad, las imágenes, los señalamientos, los silencios, las emotividad... Es una aplicación, es bueno reconocerlo y aun mejor dejarlo escrito, que utiliza todos los sentidos y las capacidades combinatorias, que no son pocas, que se desprenden de tal despliegue de recursos biológicos.

No existe, es lo que queremos decir, la expresión oral pura, la expresión escrita pura. A mayores de su específico sostén normativo, se refuerzan, es lo que hacemos, con innumerables recursos que forman parte del macrosistema biológico que hace posible comunicar(*se*) o comunicar(*nos*). ¿Cuántas veces se ha dicho y escrito que la escritura se realiza para el oído y que logra los estándares de calidad o excelencia, aquella que mejor satisface al sentido del oído? Es una observación que nos retrotrae a nuestra tesis principal, la comunicación está sostenida por un macrosistema biológico que integra numerosos recursos.

Es bastante común considerar la lenguas, los idiomas, estructuras abiertas, inspirativas, generativas y es cierto, pero en una parte pequeña. Los idiomas tienen una férrea organización sintáctica, hercúlea, heredera de estadios del conocimiento pretéritos. Y la mejor prueba de lo que decimos es que existe numerosa y cada vez mejor ingeniería para sustituir, automáticamente, un idioma por otro. Automatización que es posible por la existencia de estructuras férreas. ¿La sustitución automática de un idioma por otro se hace con dificultades o imprecisiones? Por supuesto. ¿Dónde anidan, entonces, las dificultades? Anidan en lo que ya se ha dicho, en que están programados, férreamente programados, ignorando el grueso abanico de recursos

que proceden del resto de sentidos. ¿Ignorancia o deficiencia?

¿Deficiencia anecdótica o severa? Todo indica que estamos ante una deficiencia severa. Es imposible, no obstante, automatizar recursos que la sintaxis excluye, radicalmente. Recursos que proceden de otros sentidos y de subsistemas resultantes de la relación entre nuestros sentidos. ¿La estructura del «significante» es consonante con la forma en la que organizamos el conocimiento, el «significado»? No parece. ¿La semántica, el vínculo entre el conocimiento y los recursos simbólicos que utilizamos para el acto de comunicar poseen, acaso, una organización y estructura cabal o automatizable? La respuesta es no. ¿Por qué la semántica, el «significado» avanza de forma tan espesa e ineficiente, ruinoso, en comparación con los esfuerzos que se le asignan? Piénsese en los fabulosos costes de los sistemas educativos. La explicación más plausible es que depende de una organización del «significante» que es lo más parecido a un callejón sin salida.

La estructura del «significante», en general, de los idiomas, no es la mejor posible y puede que estemos ante una estructura que obstaculiza el desarrollo del conocimiento y que con más frecuencia de lo deseable se opone al «significado». ¿Estamos diciendo que nuestro hardware biológico está infrautilizado? Eso es lo que decimos y decimos que tenemos que poner el acento en la más cabal organización del «significado».

Los usuarios de los idiomas, en tanto aplicación, en tanto herramienta, no escatimamos el uso de todos los sentidos y la combinación entre ellos para reforzar y agilizar la comunicación.

Tendemos a analizar cada recurso por separado. ¿Es posible la existencia de expresión oral, escuetamente, deducida de sus reglas, aislada del resto de sentidos? No, no es posible su existencia. Nuestro hardware biológico integra y añade la información restante, imbuy abultada e imprescindible, para completar el mensaje. Cuando hablamos por teléfono captamos, igualmente,

los estados de ánimo y factores como la entonación, la intensidad, los silencios, su existencia o no, influyen y afectan al contenido de la expresión oral.

Es frecuente, asimismo, que la expresión oral, se refiera a algo que no se ha dicho y que la falta o ausencia de tal contenido se supla con conocimiento previamente acumulado. Trabajo que realiza el cerebro. El cerebro añade sobreentendidos y datos, descripciones y conceptos afectados por la conversación y sin embargo, no dichos. Es común en la comunicación que lo dicho o escrito represente poco más que el 5% del total del mensaje. El resto, el otro 95%, con naturalidad, lo aporta el cerebro.

Cuando leemos y exclusivamente leemos, si es una novela, tendemos a poner rostro a los protagonistas, a emular su estado de ánimo y ponemos formas, colores, sonidos y olores al contexto. Si lo que se leyese fuera un manual de instrucciones, le ponemos ruidos, texturas, sonidos, y experiencias anteriores. No existe expresión con los recursos que le proporciona el idioma, oral o escrita, que pueda valerse por sí misma. Cada recurso desplegado está enriquecido, en distinta proporción, para que el «significado» pueda existir.

Ejemplo. «El «significante aporta el 5% de la comunicación. El 85% restante lo aporta el cerebro. Sin tal aportación el «significado» no puede existir.»

La expresión anterior es incomprendible para todos aquellos que no sigan el hilo discursivo del presente capítulo y acaso, del libro entero, 'Vebor. La salida del laberinto'. Nada altera que la reflexión se emita oralmente o por escrito, necesita de conocimiento añadido, que aporta el cerebro, para alcanzar algún «significado». Podemos decir, por tanto, que:

1. El «significante» se comporta en los tiempos que corren con modales autoritarios sobre el «significado».
2. Es el cerebro, y no la expresión oral y escrita, quien aporta el grueso del «significado» y que sin dicha

aportación el «significante» estaría ayuno de potencialidad expresiva.

Las expresiones que utilizan las distintas lenguas, no importa que la expresión sea fonética o caligráfica, están agrandadas por el conjunto de recursos que integra nuestro hardware biológico, enriquecidas, inevitablemente. A tal punto se produce el enriquecimiento que se repara poco, por ejemplo, en que la «fuerza», no importa cómo se manifieste, es un componente (existen muchos más) de cada expresión. Esa «fuerza» que nos intimida o deslumbra. Y aunque de las palabras, en su afán literal, no se desprenda «fuerza», en su intención, en su parte trascendente, puede que evocuen «fuerza» y fuerza «intimidatoria» o «deslumbrante» y que dicha evocación neutralice o agrande otros contenidos. Ésta es la pregunta, ¿forma parte la evocación «fuerza», término que no ha sido citado ni pronunciado, del propósito de la comunicación? Claro que sí. Forma parte. La intencionalidad, la parte trascendente de la estructura formal sonora o caligráfica de los lenguajes, forma parte del lenguaje aunque no forme parte del «significante». Nuestro macrosistema biológico de comunicación sabe y puede gestionar asuntos y aspectos inalcanzables para el «significante» tal como hoy lo conocemos.

HACERSE un lío

Todos nos hacemos un lío, a menudo, varias veces al día. Las «palabras» y el «lío» conviven desde la existencia de ambos. «Palabras» y «lío» son primos hermanos. En la comunicación la abundancia de emociones y la escasez de pensamiento y viceversa conducen al lío. ¿Comunicación sin emociones? ¿Es posible? ¿Comunicación sin pensamiento? ¿Es posible? Es imposible. Los que interactúan son personas, no importa que con intermediación de las máquinas. ¿El dato puro, la verdad, el hecho cierto... emocionan? Si no se

interpone la enfermedad, por supuesto. ¿Existen otras opciones? *Vebor*, es otro modo, quiere sentar las bases para hacerlo de otro modo, en atención a las posibilidades de nuestro poderoso hardware biológico, en consonancia con nuestro estado del conocimiento.

Vebor, que tiene que ser agilengua, debe serlo de integración, ganador, más adaptativo y limpiador (con más eficacia en la supresión de inconsistencias y ambigüedades no deseadas). A saber, de integración de recursos expresivos, con método, con estrategias más atinentes con la potencialidad de nuestra especie, más acordes, dicho de forma coloquial, con las prestaciones de nuestro hardware biológico. En la práctica... eso es lo que hacemos, lo que ya hacemos, lo que siempre hemos hecho y lo que seguiremos haciendo, cada día, aunque estemos en la fase de desarrollo del «estado de consciencia».

Los idiomas, cuyo fin es la comunicación, es una herramienta que integra abundantes recursos expresivos, conceptuales, experimentados o relacionados, además de los orales o escritos, y que es la integración, precisamente, la que mejora, y sobremanera, genera «significado».

Vebor, tiene muy en cuenta, en la hora de su conceptualización, las características de su operador biológico, el *Homo sapiens*, no podía ser de otro modo y su mejor correspondencia con el operador tecnológico (máquina computacional) y lo hace para dar satisfacción a la automatización y mejora de los resultados; para dar satisfacción al propósito último de la comunicación: el éxito. *Vebor* sabe que la integración de recursos, es condición inexcusable, fielato de obligado paso, para su existencia y viabilidad.

COMUNICAR(se) con éxito

¿La comunicación alcanza siempre sus objetivos, logra su propósito? No es una pregunta fácil de respon-

der. Con distintos recursos expresivos comunicamos afanes, estados emocionales y experiencias para influir en los comportamiento de los demás. ¿Lo conseguimos? Es posible afirmar, con rotundidad, que establecemos, lo logramos, sabemos hacerlo, la comunicación pero... ¿conseguimos, al tiempo, el propósito de la comunicación? La respuesta más loable es que conseguimos los objetivos de manera muy aleatoria, imprecisa, y cabe pensar que son tantos los éxitos como los fracasos o que, los unos y los otros, son de muy difícil estimación, porque no siempre están claros nuestros propósitos que pueden, es común, que tengan fines exploratorios o de tanteo. En las estrategias de venta, es un supuesto, cuando se tienen 10 objetos iguales para la venta y se logra la venta de 8, se afirma que se ha conseguido un 80% de éxito. ¿Todos compraron, sin embargo, por las mismas razones? ¿Todos lo hicieron con igual grado de satisfacción?

¡Llevan mi ropa! Dirá la firma textil pero... la llevan, la visten, la usan, como la firma textil esperaba. ¿Afecta el uso que le dan a la siguiente colección, a la siguiente ornada de modelos o diseños?

Los recursos orales, escritos, el conjunto de sentidos implicados en la comunicación, el conocimiento experimentado y relacionado, moviliza sistemas y subsistemas, que forman parte ineludible de los idiomas —ya se ha dicho— y que son, sin embargo, en la mayor parte, ajenos a las reglas a las reglas del «significante». Reglas del «significante», es otra de las parafojas, que con frecuencia contribuyen a ofuscar el éxito de la comunicación, el «significado». Y lo ofuscan en ambos lados, afectando por igual al que propone la comunicación y al destinatario. Son reglas, todas ellas, concebidas en un estado germinal del conocimiento, cuando lo más importante era, con prevalencia sobre cualquier otro propósito, hacer posible la comunicación, facilitarla y algo menos, lograr que la comunicación alcanzará su propósito.

Que lo alcance su propósito, servir al «significado» depende y cada vez más de asuntos como la repetición del mensaje, su repetición asociada a determinados contextos y la cancelación de reservas que los destinatarios levanten ante el mensaje. Depende de factores no relacionados con el «significante» y es posible afirmar, eso decimos en cognomática, que la estructura del «significante», en ocasiones, es el principal obstáculo, la barrera más difícil se sortear o superar.

Las normas, las reglas del «significante», las que regulan la expresión oral y escrita, por separado y conjuntamente, tienen como objetivo principal facilitar la comunicación, hacerla posible y en menor grado, por tanto, tienen como objetivo que la comunicación que se establece tenga éxito en su propósito. La acción de «comunicar» es una y otra bien distinta «comunicar con éxito o mejorar, muy sensiblemente, los gradientes de éxito».

COMUNICACIÓN fallida

¿Cuántas veces a lo largo del día no somos comprendidos? ¿Cuántas no comprendemos a los otros? ¿Quién comprende a los hombres y quién a las mujeres? ¿Quién comprende a los niños y quién a los adolescentes? ¿Quién comprende a los ancianos y quién a los bebés? ¿Quién comprende a los políticos? ¿Quién, y es una pregunta más difícil, a los electores? ¿Quién comprende a los profesores y quién a los alumnos? ¿Se comprenden todas las sentencias? ¿Quién comprende a los programadores de las parrillas de nuestras televisiones? ¿Se comprende un *reality show*, la realidad convertida en espectáculo al servicio de las bajas pasiones? ¿Quién comprende ese tipo de espectáculos? ¿Lo pueden comprender sus espectadores o usuarios, los que no se comprenden a sí mismos? ¿Qué pasa con las cosas que no entendemos? ¿Tiene sentido y es

oportuno hablar, en tal caso, de comunicación fallida o parcialmente fallida?

Comunicar y comunicarnos con éxito son cosas bien distintas. ¿Qué papel juega, en el acierto y fracaso la estructura del «significante»? ¿El «significante» es parte estructural del fracaso? ¿Es estúpida la pregunta o lo que de verdad es estúpido, al revés, es no hacerla?

Descartando la existencia de éxito o fracaso absoluto, al 100%, en el propósito de la comunicación, la existencia de una «agilengua», por sus especiales características, contribuiría a mejorar los gradientes de éxito y abandonar el *fifti -fifti*, mitad y mitad, 50 y 50% para el éxito y el fracaso. ¿Alcanzar un éxito del 70% es mejor que conformarnos con un 50%? Hablando de fracaso, ¿qué parte del problema cae del lado de la estructura «significante» y cuál del lado de las especiales características, diferentes o muy diferentes, de los que intervienen en la comunicación? ¿Qué parte del problema, asimismo, cae de la distinta percepción del contexto?

En el supuesto de que todas las personas utilicen el mismo idioma, cabría la pregunta ¿todas las personas de nuestra especie pueden entenderlo todo o entender a todas las personas de su misma especie? Si fuera el caso que todas las personas de la misma especie, en igual contexto, tuvieran el mismo ácido nucleico, el mismo ácido desoxirribonucleico, con idénticas instrucciones genéticas, las posibilidades de que el entendimiento fuera masivo, aumentarían muy notablemente, excepto, claro está, que los factores normativos del idioma usado, la estructura del «significante» incluyera limitaciones estructurales para identificar con precisión el propósito de la comunicación.

Lo común es que los factores de diferenciación, la diversidad de ácido nucleico —cada persona tiene uno propio y bien diferenciado— sea causa suficiente para interpretar la comunicación y su propósito con distinto gradiente e intensidad, en el mejor de los casos y

que, en ocasiones, tal diferenciación se constituya en una barrera, en ocasiones, también ocurre, insalvable.

IDONEIDAD y correspondencia

Nuestro hardware biológico hace posible la comunicación, nos faculta para crear idiomas y los hombres, por sus propios medios, con el conocimiento de cada época, han moldeado, incesantemente, los distintos idiomas a través de normas y usos, estructurando el «significante». Y los han hecho para facilitar la comunicación. Atributos que no deben, en todo caso, cegarnos al extremo de confundir capacidad para la comunicación, habilidades ciertas en el arte de la representación, con éxito en la comunicación. Es indubitable la existencia de éxito en la comunicación y la propia evolución de nuestras sociedades es la mejor prueba. De la existencia de éxito, que lo ha habido, aunque no sepamos en qué proporción, no debe inferirse que nuestras herramientas, las distintas lenguas, habladas y escritas, son invencibles y las mejores posibles.

Al mismo ritmo que transcurre los años y avanza el conocimiento nos hacemos cada vez más preguntas sobre la idoneidad de las lenguas e idiomas que utilizamos. ¿Los idiomas tal como hoy los conocemos, son herramientas, acabadas o, están, quizá, en una fase incipiente de su evolución y potencial? ¿Tienen la mejor estructura posible o, simplemente, la que han podido lograr hasta la fecha? ¿Su estructura se compadece con el conocimiento adquirido, el que ya poseemos? Son preguntas que buscan respuestas y que, bajo ningún concepto, conviene apartarlas del deber de la ciencia.

La comunicación tiene muchos retos por delante y *Vebor*, notablemente, tiene los suyos y de grueso calado. En *Idolatría en las Matemáticas*, abordamos la inadecuada organización del conocimiento, que propende a la abundancia de expresiones y términos vacíos de

contenido o inconsistentes, cuya presencia constituye un factor nada despreciable del fracaso de la comunicación.

También abordamos la urgencia en separar, en diferenciar, correctamente, realidad, conocimiento (lo que sabemos sobre la realidad) y símbolos que nos permiten expresar el conocimiento. Los idiomas y las lenguas, deudores de nuestras capacidades en el arte de la representación, que tributan a nuestra naturaleza, estructuran de manera distinta el «significante» (conjunto estructurado de símbolos fonales y escritos), que utilizamos para interactuar y organizar la influencia. Y se hablaba en *Idolatría en las Matemáticas* del enorme error de residenciar el conocimiento en las palabras o en el lenguaje. El conocimiento, se decía, pertenecía a los hombres a su hardware biológico y el lenguaje, las distintas lenguas e idiomas, arracimadas con los distintos recursos expresivos de nuestra especie que integran su capacidad para la comunicación, hacía las veces de transportín, de carruaje de tracción biológica, de dicho conocimiento, acarreándolo entre personas, o sirviendo de depósito (bibliotecas) para las siguientes generaciones, para otras personas con idéntico o parecido potencial o hardware biológico.

¿En qué parte han contribuido las distintas lenguas, orales y escritas, con sus normas, a la proliferación de las guerras, a la proliferación de malentendidos con consecuencias criminales o fatales, con resultado final, incluso, de genocidio? ¿Son las lenguas, sus normas y reglas, neutrales o irresponsables en la formación del «significado»? ¿Cabe pensar que su propia estructura es la causa de fenomenales equívocos y mortales errores? ¿La asignación del concepto «felicidad» al concepto «revolución» y el concepto «revolución» al concepto «violencia», y el concepto «violencia» al concepto «liberación» y el concepto «liberación» al concepto «felicidad», está favorecida, tal vez, por una sintaxis primitiva, por una arcaica organización

del «significante», que induce errores semánticos graves y muy graves.

¿La palabra «obligación», el concepto «obligación», 'obliga' de igual modo a las personas, 'obliga' de igual modo en todas las culturas? ¿En qué parte de «obligación», reside el problema? ¿Está en el lexema o raíz, en los fonemas, en los morfemas que lo sostienen, está en su significado literal o capilar, en el moral o profundo y ambos filtrados por el estado del conocimiento en cada época, está en el contexto o está en la interpretación que cada persona le adjudica?

«Dominación». Es otro ejemplo. ¿Qué parte del vocablo «dominación» deleita en el grado que lo hace, cual opiáceo, en algunas personas. Deleita su sonoridad, lo hace su significado, lo hacen las acciones que desencadena, sus consecuencias, el supuesto provecho que se deduce de su aplicación; deleita, tal vez, su condición de excusa para ejercitar la violencia, la humillación, el verdadero objetivo, latente, no declarado pero, a la postre, el mayor de los placeres para las personas adheridas a tales pulsiones. ¿La sintaxis, tal como hoy la conocemos, hasta qué punto es de utilidad o un lastre para mejorar el éxito en la comunicación?

«Dominación» de grupo, de clase, de nación, de raza, de sexo, deportiva, militar... la que es fruto de reglas y normas, la que es probable y esperable, buscada o deseada, y la que se impone con fuerza, con violencia de distinto grado, incluso sumaria. ¿Qué parte del vocablo depende de la oración para alcanzar su significado? ¿Qué parte depende del contexto en su sentido más amplio? ¿Qué parte, para alcanzar su significado, depende del concepto tan polisémico, ambiguo? Y, del mismo modo, ¿qué parte depende de la persona que lo usa y lo que secretamente espera de su ejercicio? ¿Contribuye la actual estructura del «significante» a esclarecer o enturbiar el problema?

Los problemas que se citan vienen a colación para enjuiciar la envergadura del problema que se trata de resolver y la iniquidad, que es parte de la leyenda ur-

bana, en la que acaban los intentos, cualquiera, de residenciar el conocimiento en las palabras. Más importante que el «significante» es el «significado» y más importante, atención, que la estructura del «significante» es una mejor y más adecuada organización del conocimiento. ¿Y qué parte, por último, le atribuimos a una agilengua con potencia interior para vencer la unidimensionalidad de los actuales idiomas? ¿Una lengua multidimensional e integradora, más atinente con nuestro hardware biológico, ganadora, constituiría, por sí misma, un factor de éxito? Estamos convencidos y la ciencia ensayaré, lo estamos haciendo, dichá vía.

¿Una adecuada organización del conocimiento puede inducir un «significante» mejor estructurado en favor del «significado»? ¿Una mejor organización del «significangte», al revés,, sumando recursos y dimensiones, sirve mejor al «significado»? Ambos hitos son necesarios.

¿Estamos hablando de inventar palabras? Por qué no. ¿Nos faltan palabras, términos? Pudiera ser. Hablamos, antes que nada, de reorganizar las lenguas, los idiomas, de dotarles de estructuras adecuadas para añadir recursos expresivos paran mejor servir y rendir pleitesía al «significado». Si el objetivo fuera tener éxito en la comunicación, dando por supuesto que el acto de comunicar no flaquea, alcanzar el propósito, obvio es, nos exige prestar más atención a la idoneidad de las lenguas, de sus características, y estructuras, a su versatilidad, en suma, a su competencia para facilitar el éxito en la comunicación.



CAPÍTULO VII. ÁCIDO DESOXIRIBONUCLEICO

Propósito central de *Vebor*



RESPONDER s'í' al propósito de *Vebor* es admitir que conviene hacer virar las lenguas, los idiomas, sus estructuras, que conviene su revisión, para alcanzar el verdadero propósito de la comunicación: el éxito. *Vebor*, se propone como «agilengua» (se usa) y como lenguaje (está programado), a saber, poseer normas que interpretan y computan, por igual, personas y máquinas. Ser de manera nativa automatizable. Además, *Vebor*, tiene en alta estima el objetivo último de la acción de comunicarse: el éxito. *Vebor* es una propuesta que, expresada en términos de comunicación, requiere cumplir con una serie de calificaciones o certificaciones:

Expresividad. *Configurarse para administrar el arsenal de recursos expresivos que computa nuestro hardware biológico en los que están implicados diversos sistemas y subsistemas.*

Semanticidad. *Configurarse admitiendo que los símbolos sonoros y morfosintácticos, se caracterizan por poseer una estructura formal que adquiere sentido, funcionalidad, única y exclusivamente, cuando se los une a un significado y que el significado es prevalente, siempre, sobre la forma.*

Proyectividad. *Configurarse admitiendo que el vínculo entre estructura formal y contenido, se hace en el mejor de los casos, por cooperación entre sus usuarios, generando consenso. Pero que, asimismo, puede hacerse, de manera doctrinal, son el suficiente nivel de formalización, con*

imposición. Estrategia, esta última, que se practica con los bebés y con los niños, en el hogar y en las escuelas, que practican los sistemas educativos.

Cognomaticidad. *Configurarse, proponiendo una mejor y más cabal organización del conocimiento, el que existe, con métodos, no contradictorios, para favorecer su automatización y ser operados por el hombre y la máquina.*

Pragmaticidad. *Se configura aceptando que sus múltiples recursos tienen como meta mejorar el gradiente de éxito en la comunicación. Su meta ya no es facilitar la comunicación, es mejorar su rendimiento. Es decir: mejor comunicación, con más éxito, a menor coste, para más usuarios.*

La estructura del «significante» de una **agilengua** son de otra escala, en poco se parecen a las que sostienen las lenguas que conocemos, cuyo propósito, encomiable, hacer posible la comunicación, genera estándares que se nos revelan escasos, cortos, para abordar las necesidades de la especie. ¿Por qué todas las personas que se llaman 'Celia' no son la misma persona?

Los idiomas lo resuelven, para diferenciarlas, añadiendo apellidos o ácido desoxirribonucleico. No lo resuelven añadiendo más palabras, lo resuelven añadiendo más contenido. ¿Y qué ocurre cuando las personas que se llaman 'Celia', comparten apellidos? Se hacen indiferenciables, porque los apellidos están ayunos de contenido? ¿Qué hacemos entonces? Añadimos más contenido, un rostro, una voz, un cuerpo, un olor, un territorio, un número, una huella dactilar, otra huella caligráfica, el ADN, debidamente codificado... Si añadimos, por ejemplo, lo que vemos, el rostro, no añadimos más palabras, añadimos contenido (muchas otras cosas, otro tipo de señales).

No bastan las palabras, los símbolos, sonoros o gráficos, que pueden adoptar innumerables combinaciones y formas, tantas como capacidad tiene nuestro hardware biológico para procesar señales en el rango de frecuencias en el que somos competentes. Conjunto de señales a los que añadimos las que son captables con ayuda de tecnología. Si lo que queremos es identificar

a la persona 'Celia', una específica, singular, acudimos a la abundante panoplia de recursos que pueden ser gestionados por nuestro hardware biológico, se hace y eso que hacemos forma parte de la comunicación, aunque no forme parte de la estructura del «significante».

Las lenguas o idiomas, las que usamos, se corresponden con otro estadio del conocimiento, anterior. Su estructura morfosintáctica, es de otra época. Lograr **expresividad, semantividad, proyectividad, cognitividad y pragmática** es propósito central de *Vebor*, que se corresponde con un nuevo «estado de consciencia», de conocimiento, impagable, para examinar los distintos idiomas con perspectiva histórica y evolutiva, al dictado de la evolución del hombre, de sus habilidades para aprender el entorno, para comprenderse a sí mismo y comprender la comunidad. Habilidades, en otro orden de cosas, en entredicho o con logros muy parciales.

¿Es imaginable otra forma de narración con soporte tencológico, con «significante» formalizado de manera distinta a como lo hacemos, que interpretan, al alimón, el hombre y la máquina y que incluye un lenguaje de programación, con capacidad para contener los distintos lenguajes de programación?



II^a PARTE

El cerebro, arte y parte



El **cerebro**, en tanto
naturaleza, es anterior a
la expresión oral y escrita.
Él la crea y desarrolla

CAPÍTULO I. COMUNICACIÓN FALLIDA

Los sentidos. Audición, visión, tacto



A LAS 24 SEMANAS de gestación ya percibimos sonidos. El cerebro percibe sonidos. Punto de partida de un aprendizaje continuado para distinguir ondas elásticas que se propagan a través de medios sólidos, líquidos o gaseosos. Reconocemos a las madres, a quien pertenecemos, vínculo de pertenencia, por la tonalidad de su voz. En cualquier caso el desarrollo de la audición está íntimamente vinculado a la capacidad del cerebro para distinguir e identificar las distintas ondas sonoras en unión con su contenido. Vínculo de altísima utilidad para nuestra especie, para nuestro cerebro, a lo largo de nuestra existencia.

¿Puede el lenguaje (unión de fonemas y contenido), sin embargo, reemplazar o anular la disposición nativa del cerebro para atribuir a determinados sonidos sentido y contenido específico? ¿Idéntica *Transformada de Fournier* —representación del sonido— produce idéntico impacto, en un contexto controlado que en otro de miedo? ¿Qué le ocurre al cerebro cuando la *Transformada de Fournier* no se corresponde con el contexto que el cerebro cree controlado? ¿Se altera o no el valor del fonema? El cerebro, nuestro cuerpo, introduce armónicos en un sonido para subrayar el contexto y es habilidad nativa que no contiene la estructura del «significante».

Sirva lo antedicho para adelantar que el sonido, el sentido del oído, la audición, en una perspectiva am-

plia, es anterior al lenguaje y no obstante posee un relevante y extraordinario contenido o lo que es lo mismo: alta significación o significación esencial. Advertimos antes, por ejemplo, el mal humor que las razones del mal humor. ¿Qué es más importante las razones del mal humor o la enervación que le precede? Para todos los casos depende de lo que esté en juego. Si lo está nuestra vida, la enervación será el contenido más importante. Acudir a un adulto o progenitor malhumorado por causas ajenas a quien acude, el que desea hacer una consulta, es común que desincentive la acción. El arte para la representación, que poseemos, altamente sofisticado, es anterior a la estructura del «significante». ¿Es el oído un adelantado del cerebro? ¿Quién necesita comunicarse, el cerebro o el oído?

Es el cerebro, como encarnación del cuerpo, del individuo, el que necesita comunicarse y el que reserva recursos propios para optimizar la audición, para proporcionarle «significado». Es el cerebro el que adjudica una parte de sí mismo para idear el mejor provecho del oído. Y es el cerebro el que crea el lenguaje sonoro, los distintos ruidos, los sonidos codificados, asignados a una misión, una función, crecientemente compleja y lo hace calmadamente, a través del tiempo sumando a más y más cerebros y lo hace, indistintamente, arbitrariamente, dependiendo de su emplazamiento, utilizando como patrón distintos ruidos y formas de articularlos (idiomas).

La espectografía de la voz humana revela su diverso y rico contenido armónico. Al cerebro le importa y mucho el tipo de armónicos que usa y escucha por el volumen de información que revelan. Nuestro oído puede distinguir formantes de un ejército de fonemas. Existen idiomas que hacen vibrar verticalmente, con más profusión, las cuerdas vocales y otros que utilizan en mayor grado la vibración horizontal, lo que ya sabemos es que la cavidad buco-nasal puede crear ondas cuasiestacionarias.

Utilizando la potencialidad del aparato emisor y auditivo, sus prestaciones, el cerebro, aunque de manera disruptiva, con saltos, ha dado forma a un lenguaje, a sonidos, que optimizan nuestra potencialidad fisiológica. Puede decirse y lo hacemos, que el cerebro ha diseñado un lenguaje el sentido del oído. La estructura del «significante», tal como hoy la conocemos, tiene su origen en el cerebro, que orientó su estrategia a lograr la mejor adaptación al sentido de la audición.

¿Puede el cerebro, en el actual estadio del conocimiento, crear un lenguaje para sí, utilizando de otro modo los sentidos y en particular el sentido del oído? ¿Está en condiciones, el cerebro humano, de crear un lenguaje para sí, utilizando todas las potencialidades de la tecnología, utilizando lo que previamente ha construido? ¿Trabaja el cerebro en tal dirección? ¿Ha entrado nuestra especie en otra etapa cognitiva con nuevas necesidades, por ejemplo, acortar la comunicación y mejorar su rendimiento?

Sea porque al hombre, a la parte del hombre con la que escribimos esta pieza, le es muy difícil contemplar su propia autopsia, hablamos del cerebro en tercera persona. ¿Cuántas cosas se escapan a nuestra comprensión?

LA VISTA. Otro sentido

Decimos que los ojos, después de nacer, tardan en ver. Decimos que los ojos, las señales que proporcionan los ojos al cerebro, tarda en distinguirlos y calificarlos o dotarlos de contenido. La radiación electromagnética que se corresponde con el espectro visible, tarda en tener significado para nuestro cerebro. La razón puede descansar en la distinta estructura de las ondas sonoras y fotónicas y los recursos fisiológicos que hay que asignar a unas u otras. Quizá porque las ondas sonoras son vibratorias y la luz, corpuscular. No son

fenómenos idénticos y los ojos, fisiológicamente, dan cuenta de las diferencias.

¿Percibimos en los primeros meses de vida, por ejemplo, el movimiento y su velocidad? Podemos percibir la velocidad de un objeto y su intensidad lumínica. Percepción relevante para el cerebro. ¿Es más fácil oír que ver? ¿Es más fácil hablar que escribir? Y decimos escribir porque no podemos emitir imágenes nada más que parcialmente con todo nuestro cuerpo, con nuestro movimiento con nuestras acciones directas o intermediadas (documentales, fotografías, videos, películas, cuadros...) o cuando escribimos. Podemos pronunciar «ladrillo» pero no emitir una imagen de «ladrillo», en todo caso, indicar dónde está o dibujarlo y, en su caso, representarlo gráficamente, con apoyo de la tecnología. Se comprende mejor el objeto y el concepto «ladrillo», describiéndolo, narrándolo o viéndolo? El objeto se comprende mejor, viéndolo, el concepto, narrándolo con palabras, con imágenes o con ambos recursos.

A pesar de lo cual, nos referimos al sentido de la vista, a los ojos, como el observatorio avanzado del cerebro. Llega más lejos, es cierto, con la vista que con los oídos. Llega con la vista a lo más pequeño y a lo más lejano por intermediación de la tecnología, eso que ha construido el cerebro en el curso de su quehacer. No oímos ni lo más lejano ni lo más pequeño. Son otro tipo de ondas. Tenemos que imaginar los sonidos y poner textura sonora, armónicos, al silencio abismal, a la materia oscura del Universo y a lo minúsculo, lo unicelular, lo molecular...

Conocer los colores, las formas, los movimientos, las relaciones entre ellos, su asociación y los resultados que produce no es fácil para el cerebro. No es fácil, le lleva tiempo, y si no es fácil para los objetos inertes, lo es menos para los vivos. Adiestrar el sentido de la vista, la visión, es tarea titánica para el cerebro. Las ondas que si ondulatorias, que si corpusculares, consumen muchos recursos.

El lenguaje morfosintáctico, el que queda escrito, el que puede leer el cerebro, consume una parte minúscula del conjunto de recursos que el cerebro asigna a la visión. Las formas, los volúmenes, los estados, expresados en términos de luz, corpuscularmente, su gestión, consume mayores recursos, el grueso de los recursos, muy superiores a los que consume la lectura. Razón de calado que explica, que siendo capaz de gestionar sus habilidades como receptor, no descansa en impulsar la intermediación tecnológica para poder operar como emisor. Pantallas de móvil, tabletas, ordenadores o televisión. El cerebro graba, capta y emite, lo hace con producción y postproducción a través de la tecnología.

El cerebro, en tercera persona, como expresión de un cuerpo que lo alimenta y del que depende (absolutamente), que lo instrumentaliza, tiene objetivos propios. Entre otros compensar un déficit estructural de nuestro cuerpo —no podemos emitir luz y modularla del mismo modo que emitimos sonidos—. Y hablamos de necesidades, de necesidades estructurales, imperativas para interactuar con el entorno y con los de su especie, con otros cerebros, y servir con más eficiencia al instinto de supervivencia.

EL TACTO. Sentido principal

La ciencia otorga a la sensibilidad táctil competencias extraordinarias y fundamentales, sin las cuales la vida es, sencillamente, imposible. La capacidad para interpretar la presión, la temperatura, las texturas, la proximidad, el dolor o el movimiento —también percibimos el movimiento con los ojos cerrados— son sustantivas para nuestra consistencia y viabilidad. Sin dicha información nuestro edificio fisiológico colapsa porque colapsa el cerebro. Podemos perder el oído, el habla y la vista y comunicarnos. El cerebro en tales supuestos moviliza el tacto para organizar la comunica-

ción. La dactilografía, lenguaje escrito con los dedos sobre otros dedos, realiza la comunicación.

El tacto, dedúzcase, es el sentido principal, sin el cual nuestro cuerpo colapsa, y el principal recurso de comunicación del cerebro. ¿Puede una persona vivir sin olfato y sin gusto? Puede aunque sea una vida limitada. Es imposible, empero, vivir sin tacto, sin el sentido del tacto. La información, el conocimiento que provee el tacto, relacionado con la presión, la temperatura, la textura, la proximidad, el dolor y el movimiento, constituyen cimientos esenciales primitivos, innegociables, de la comunicación que procesa el cerebro. Sin dicha información el cerebro colapsa y hace colapsar al cuerpo: no hay forma de vivir. La afectividad, por ejemplo, tan esencial para nuestra especie, utiliza el tacto como chivato adelantado. El estado vegetativo profundo es una vida sin cerebro, dependiente del sistema entérico y cardiovascular (con sus propios rangos de complejidad y no faltan los que afirman que puede que estemos ante otros cerebros y que sean los principales para la vida).

RECURSOS. Prioridades del cerebro

Contrariamente a lo que se supone, los recursos que asigna el cerebro a la comunicación oral o escrita son minúsculos, en contraste con los que asigna a la comunicación esencial, primaria y por ser vital —y nunca mejor dicho—, de extraordinaria complejidad. El cerebro asigna sus más cualificados recursos para la comunicación que proporciona contexto y sentido y que precede, acompaña y da cobertura a la comunicación oral y escrita. Sin dicha cobertura el lenguaje es incomprensible o absurdo. El cerebro asigna sus recursos más sofisticados a interpretar todo tipo de señales electromagnéticas, generadas por los sentidos, en una primera fase, integrándolas en una segunda fase e induciendo experiencias (conocimiento) en otra fase,

en tanto responsable y constructor de capacidades en el arte de la representación (comunicación). Se ocupa de:

1. **Tacto.** *La gestión de la presión, la temperatura, el dolor, la textura, la proximidad o el movimiento y sus vínculos, que transforma en señal electromagnética.*
2. **Oído.** *La gestión de las ondas vibratorias, su frecuencias y armónicos, que transforma en señal electromagnética, no relacionados con el lenguaje morfosintáctico y que incluye escuchar el movimiento, la proximidad y acciones propias de nuestra especie y de la naturaleza en su conjunto, conocidas y desconocidas y las relaciones entre ellas.*
3. **Visión.** *La gestión de los haces de luz, con la gestión de la radiación fotónica, con la identificación de colores, formas, volúmenes, movimientos y los nodos o vínculos y que transforma en señal electromagnética.*
4. **Olor y sabor.** *La gestión de olores y sabores, inquietantes o amigables que transforma en señales electromagnéticas.*
5. **Integración.** *Dar sentido a toda la información, integrándola, organizándola para organizar la experiencia y su almacenamiento. (Experiencia y conocimiento, son sinónimos. Conocimiento, para las personas, es el que cada cual atesora. Ese es todo el conocimiento que poseemos. Lo desconocido lo confiamos a la comunidad a otras personas con otras aptitudes).*

Justo es advertir, que el lenguaje oral y escrito que conocemos, constituye un episodio en la vida del hombre, muy necesario, pero episodio que no agota la estrategia del cerebro para satisfacer sus enormes necesidades de comunicación. No ha sido una anécdota, tampoco fruto de la casualidad, que la tecnología utilice profusamente el recurso del tacto (teclado, botones, pantallas táctiles) para impulsar la comunicación. Utilizamos las enormes prestaciones mecánicas que ofrece el brazo, codo, muñeca y dedos para escribir y utilizamos, asimismo, la eficacia táctil para aumentar la eficiencia en la comunicación, para acortar los tiempos y mejorar su rendimiento, acudiendo a expresar y co-

dificar relaciones, preferencias y acciones (iconografía y acciones que son características de los dispositivos móviles y ordenadores de sobremesa).

El cerebro no descansa. Necesita mejorar sus gradientes de éxito en la comunicación y no es conjeturable, porque está ocurriendo, que subordinará el lenguaje oral y escrito a nuevos patrones que contribuyan a calmar sus extraordinarias necesidades de comunicación. No en vano, somos una especie social que necesita comunicarse y hacerlo con mejores gradientes de éxito. ¿Posee el entonro animal, vegetal e inerte lenguaje con un «significante» estructurado? Los sonidos de la ciudad son reales y lo son los de la naturaleza. Sonidos que interpretamos. ¿Las nubes siempre true nan del mismo modo? ¿El tipo de luz que nos envía el Sol, es siempre idéntica, con el mismo contenido? Acortar la distancia entre la acción y su significado no es problema de menor cuantía. Es una emergencia —crecientemente crítica— cuando la información se expande y se sucede a ritmo vertiginoso. Los retos del cerebro no son pequeños y tampoco son simples.

Cuando la acción no encuentra su «significado» o cuando las palabras han sido vaciadas de contenido, la comunicación colapsa, el cerebro se aturde y emerge una reacción fisiológica que conocemos como estrés o amenazante, según los casos. El cerebro responde, en tales casos, incrementando exponencialmente el uso de recursos fisiológicos para, primero, intentar comprender y protegerse, a continuación, de los estragos del estrés.

La prioridad del cerebro, cuando hablamos de comunicación, es su éxito. El lenguaje oral y escrito, en el que nos expresamos, es un episodio en evolución, que necesita para ser viable la cobertura global que le presta el cerebro a través de todos sus sentidos y la cobertura, específica, que le brindan el conocimiento que ya posee. Asuntos, ambos, que consumen enormes recursos fisiológicos y sin los cuales la comunicación oral o escrita se convierte en irrelevante.

LENGUAJE. Aplicación del cerebro

La expresión hablada es un instrumento del cerebro, es un procedimiento de representación, mediante ondas vibratorias (con sus frecuencias y armónicos). La expresión escrita y las formas (caligráficas), es un instrumento del cerebro. La estructura del «significante», por igual, es un trabajo que ha realizado el cerebro. que por él fue concebido para desarrollar nuestras capacidades fisiológica para escuchar y hablar, para emitir y recibir, para percibir y sentir. Habría que precisar que la expresión oral fue concebida y diseñada para el oído, para un único sentido y que, la formalización posterior que de él realizó el cerebro, permitió dotarla de formas (caligrafía o expresión escrita) para conservarlo y brindárselo a los demás cerebros a través de otro sentido, la visión y a los cerebros de posteriores generaciones.

El cerebro ordena, fija y da esplendor a la expresión oral y escrita, la hace útil cuando le proporciona su propio conocimiento, el que acumula. De ningún otro modo opera el lenguaje. La expresión oral y escrita es una parte, pequeña, de la estrategia global del cerebro.

Estamos en exceso contaminados por peroratas, que se obstinan en popularizar que las palabras son creadoras y hacedoras de conocimiento, que ellas y solo ellas lo atesoran, lo contienen y que son ellas, con exclusión de la verdad, las que lo generan. ¿Transportan las palabras el conocimiento? En algunos casos y para determinados supuestos así es. Lo transportan de un cerebro a otro, de una generación a otra.

La diferencia entre transportar y crear es inmensa, colosal y tratándose de «conocimiento» el cerebro, de manera constitutiva, permanecerá en perpetuo estado de alerta y parcialmente sobrecogido, dispuesto a mudar, en cuando el instinto de supervivencia lo dicte o se ponga en riesgo la satisfacción de deseos profundos o necesidades ineludibles. Es tan abrumadora la realidad, la percibida por los sentidos y la que integra el

cerebro después de sucesivas conceptualizaciones que, lógico es, le cueste trabajo encontrar satisfacción plena con lo aprendido y conocido.

¿Qué de extraño tiene, entonces, que el cerebro propenda a otro tipo de estrategia en la comunicación, más eficiente y concordante con su forma de proceder? ¿Qué de extraño tiene reconocer su interés en otro tipo de formalización más cercana a sus procedimientos? ¿Existe distancia entre las palabras y el conocimiento? ¿Cuántos filtros tienen que pasar las palabras para convertirse en conocimiento? ¿Qué tipo de filtros? ¿Qué es «conocimiento» para el cerebro?

CONOCIMIENTO. Encarnadura

Mucha es la distancia entre las palabras y el «conocimiento». Asombrosa. Pocas palabras uncidas a otras alcanzan el estatus de «conocimiento» o le son útiles al cerebro para tomar decisiones. Aquello que contribuye a satisfacer sus necesidades, es «conocimiento» para el cerebro.

El cerebro administra **temores, necesidades, oportunidades** y la **trascendencia** (entendida como futuro). Cierto es que no todos los cerebros poseen competencias demostradas para crear herramientas, mecanizaciones o interpretaciones exigentes del contexto. Y no lo es menos que el cerebro posee competencias nativas para la gestión del temor, las necesidades, las oportunidades y la trascendencia. Gestión adaptada a las características de cada cerebro y el cuerpo que lo contiene.

Una forma de eternidad, en grado de hipótesis, es la reproducción, la propagación por la historia de nuestro ADN. ¿Trascendencia? ¿Las decisiones que nos suceden, que permanecen y tiene efecto una vez que ya no estamos, cuando contribuimos al futuro, son decisiones trascendentes? Lo son. ¿Los alicates, en tanto herramienta, son la expresión de una necesidad o de

una oportunidad? Son la expresión de una necesidad y de una oportunidad. ¿Las formas caligráficas son expresión de una necesidad, de una oportunidad, de nuestra vocación trascendente o de un temor o alguna manera de pérdida? Son expresión al alimón, de una necesidad, de una oportunidad, de un temor y del afán de trascendencia. ¿Ser uno mismo entre la multitud, con identidad específica o única es, sí o no, parte de nuestro afán trascendente? Para que una palabra, por sí misma o uncida a otra, adquiera el estatus de «conocimiento» tendrá, previamente, que demostrar su utilidad en los distintos quehaceres del cerebro (gestión de temores, necesidades, oportunidades y su afán trascendente). ¿Cuándo, un algoritmo, parte del lenguaje numérico, se convierte en conocimiento? Exactamente —y de ningún otro modo—, cuando sirve y le sirve al cerebro, cuando es útil para la gestión de sus competencias nativas o estructurales, que repetimos, son la gestión del temor, las necesidades, las oportunidades y su afán trascendente.

¿Y en qué momento las palabras uncidas a otras se convierten en «conocimiento»? Nada más, únicamente, cuando el cerebro las ha convertido en experiencia y puede reportar un cúmulo de acontecimientos relacionados con dicha experiencia. Nunca antes. Las palabras, a lo sumo, transportan «información» a la espera de que se haga carne, esto es, a la espera de que el cerebro las compute como experiencias relacionadas. Nada más. Las palabras son parte de la estrategia oral del cerebro cuando construyó un lenguaje para un único sentido, la audición o mejor, para nuestra capacidad fisiológica, para gestionar ondas vibratorias en el espectro audible para la especie.

Cuando decimos «ladrillo», simultáneamente, recreamos la imagen del «ladrillo», el dolor que produce cuando el «ladrillo» impacta contra el dedo gordo del pie y entendemos que es parte de algo o pieza entre otras muchas con la que se construye algo. «Ladrillo» puede ser la promesa de algo, la primera piedra. El ce-

rebros trabaja con todas esas hipótesis y otras muchas, simultáneamente.

Es un error inmisericorde suponer, caprichosamente, que una planta «no posee capacidad para pensar el futuro —su futuro—, ser flexible en sus decisiones y aprender de las demás y del contexto». Nos vemos en la obligación de afirmar que es una forma fatua, muy fatua, de pensar. Cabe admitir que, las plantas o los monos, poseen inferior capacidad de computación que el hombre en términos absolutos, aunque, quizá, en términos relativos, lo estén haciendo con más eficacia de lo que es común suponer. Teniendo en cuenta los recursos fisiológicos que movilizan, cabría pensar, que su eficiencia es extraordinaria y superior, es conjetura, al rendimiento que obtenemos los hombres de los propios.

El investigador que desvela horizontes a la Humanidad, lo puede estar haciendo por puro afán de trascendencia, porque espera reconocimiento duradero al entender que reusolve un problema. Lo puede hacer por afán competitivo, por rivalidad con un colega, al servicio de un horizonte mixto de ambición y envidia. Lo puede hacer por instinto de dominación —aplastar al rival—, su verdadero motor científico. ¿Qué ha sido relevante, qué ha jugado un papel más destacado para el cerebro que investiga, el hito científico —como tal—, el instinto de dominación, el afán de trascendencia o la envidia? ¿Qué ha sido crucial desde una perspectiva fisiológica, el deseo profundo de dominación o el hito científico como tal?

«No importa que el gato sea blanco o sea negro. Mientras cace ratones será un buen gato (un buen científico)», pensarán muchos. La frase es de Deng Xiao Ping, desaparecido líder chino. La acuñó para ridiculizar el ideario de la Revolución Cultural que promovía que era preferible «ser pobre bajo el socialismo, que rico bajo el capitalismo». Lo que era malo, según Deng Xiao Ping, era ser pobre. Es preferible, por tanto, tener ciencia que lo contrario pero... cuando ya se

tiene... es muy importante, decisivo, conocer el combustible del motor científico. Nos ayudará a conocer el cerebro. El cerebro procesa señales muy distintas y puede hacerlo, al máximo rendimiento, mientras esté sano, mientras el cuerpo le suministre lo que necesite para mantenerse en plena forma pero, sobre todas las cosas, el cerebro tiene —es una muy buena hipótesis— dos funciones básicas organizar y gestionar el SIA (Sistema Integral de Alertas), al servicio de la supervivencia y la anticipación, y el SIE (Sistema Integral de Estímulos), para proporcionar recompensas cuando se requiera. Y toda el cerebro, sin excepciones, está implicado en dichas tareas. Son dos sistemas (de alta integración de recursos) que facilitan la gestión de temores, necesidades, oportunidades y el afán de trascendencia.

¿Qué ocurre cuando el cuerpo forma al cerebro deseos profundos (lo inunda de una hormona o proteína) hasta dominar su quehacer y conducir todas sus decisiones a la satisfacción de dichos deseos? ¿Puede el córtex, supuesta pieza del famoso puzzle cerebral, él solo, contra los deseos profundos o más bien es al revés, que los deseos profundos ponen el córtex, la voluntad y todos los recursos fisiológicos disponibles, a su disposición? ¿Qué era más importante para Clinton, gobernar EE UU o jadear mientras atendía asuntos de Estado? ¿Qué hacía mejor jadear o gobernar EE UU?

¿Estamos minusvalorando nuestro cerebro cuando lo imaginamos como un puzzle? Todo indica que lo hacemos por nuestras peregrinas estrategias de aproximación al problema. Intentamos comprender la totalidad del cerebro desde una porción muy pequeña, de cuya actividad somos conscientes, aplicando un arsenal de prejuicios reductores, extraviados, sobre como funciona el cerebro, qué es y si es autónomo o comparte quehacer con otras partes del cuerpo o, incluso, si su quehacer se modula desde otras partes del cuerpo.

¿Es el cerebro el órgano más vago del cuerpo, el más perezoso, el más reacio a cambiar de patrones y pro-

cedimientos? ¿Y si la respuesta fuera «sí», en efecto, lo es? Pudiera ser, es otra variable del mismo problema, que el cerebro consumiese ingentes cantidades de energía cuando cambia de patrones y procedimientos y que no todos los cerebros son capaces de acopiar dicha energía. Para dichos supuestos, de atonía energética, el cerebro imita patrones de sus congéneres, actividad más económica desde el punto de vista computacional.

El cerebro, por una u otra razón o por ambas, prefiere las simplificaciones, a poder ser simbólicas, porque le cuesta menos esfuerzo trabajar con simplificaciones simbólicas y, bastante menos, tomar decisiones con contracciones inteligentes de los casos (abstracciones y conceptos). ¿Trabaja como lo hace, tal vez, por su agigantada pereza, en muchos casos, achatarrando el esfuerzo conceptual?, ¿lo hace porque necesita concretar, eliminar ruido, acotar bien el problema, extraer lo esencial, para resolverlo? No es equivalente que la concreción, la reducción a los términos esenciales, sea el resultado del esfuerzo o que lo sea de la pereza. Los resultados esperables de uno y otro proceder en nada se parecen. El cerebro acude al método, en el primer caso y acude, en el segundo supuesto, a la escasa voluntad o pericia, a la pereza.

¿Qué piensa el cerebro de nuestras conjeturas reduccionistas? ¿No es una pregunta convencional? No es habitual hablar de nuestro propio cerebro en tercera persona y tampoco lo es reconocer que el cerebro tiene sus propias estrategias fisiológicas. No comprendemos su quehacer y propósitos. Siendo el cerebro un aventajado usuario de las concreciones y reducciones conceptuales. Facilitan la labor de almacenamiento y recuperación de sus valores y constituyen una excelente estrategia muy económica en términos energéticos y computacionales, por una u otra razón, es más probable que apruebe nuestras conjeturas y, a más, las promueva, que sea él mismo el auténtico promotor y responsable de las presentes reflexiones. El cerebro

prefiere, desde una perspectiva de costes, de eficiencia computacional, cuando escasean la energía, el blanco o el negro, nítidamente diferenciados, en la toma de decisiones. La existencia de claros y oscuros, de multitud de tonos, exige esfuerzo y dedicación y agranda el trabajo computacional.

Hablamos del cerebro en tercera persona para enfatizar sus capacidades nativas y por su utilidad alegórica para poner el acento la subordinación, de hecho, de nuestra voluntad a su mandato. Si la parte del cerebro que busca sentido, que se ocupa del «significado» está más desarrollada, suponer que puede requerir un mayor desempeño de la voluntad, está en el orden los procesos. ¿Proponer una nueva estructura del «significante», entonces, es un mandato del cerebro y forma parte de su anhelo?, ¿busca, acaso, mejorar el éxito en la comunicación, al tiempo que reduce, sus costes de computación? La respuesta es sí. Ha generado «estados de consciencia», fruto del aprendizaje, de una más cabal interpretación del contexto, que le impelen a ensayar lo que considera de mayor utilidad para una comunicación más eficiente. Arrumbar el esoterismo y los argumentos que lo convocan es nuestro objetivo. No existe voluntad sin el sustrato fisiológico que la sostiene, sin cerebro, sin el cuerpo donde anida. La voluntad suspendida en el aire, sin asistencia, en el vacío, autónoma e independiente, que por sí misma realiza sus propósitos, es especulación que abreva en la magia, en las causas maravillosas, ajenas a las leyes de la naturaleza, que desagregan, mágicamente, espíritu y materia o que las unen también mágicamente, con pociones, como hacía Circe, diosa hechicera, que transformaba en animales a sus enemigos. Dice Lope de Vega *“...como la Astrología que por abuso ha venido a ser vituperada, siendo lo mismo que la Astronomía”*. El «significado» es un objetivo del cerebro para realizar sus funciones. El «significante», su estructura, es la palicación que utiliza, , en constante evolución.



Reingeniería conceptual



¿PORICESA DATOS, únicamente datos, el cerebro?
¿Qué datos procesa y cómo transforma los datos? El cerebro procesa el monto de señales que proceden del contorno, filtradas por sus sentidos, filtradas por su mayor o menor capacidad de procesamiento de las citadas señales, por su capacidad para relacionarlas, compararlas y engastarlas en forma de acciones. Procesa señales procedentes del cuerpo al que pertenece, no menos relevantes; las agrupa y conceptualiza; procesa conceptos y conclusiones; procesa cualquier flujo de información, conceptual sobremanera, que le permite obrar con anticipación y lo hace para mejor gestionar sus temores, necesidades, oportunidades y el afán trascendente que preside su quehacer.

La necesidad de eficiencia en la comunicación es una necesidad constante del cerebro, una meta permanente. Sus decisiones, el acierto que se espera de ellas, dependen del previo éxito en la comunicación. ¿Es profunda o muy intensa, la necesidad de eficiencia en la comunicación? Es muy profunda e intensa. El cerebro, ya lo hace, trabaja con lo que ha conseguido —con los hitos científicos y tecnológicos logrados—, en otra forma de lenguaje más eficiente y de alto rendimiento. Nosotros lo llamamos *Vebor*, un lenguaje integrado, que usan por igual el hombre y la máquina, que une cerebros y máquinas, que sirve a los cerebros y a las

máquinas, aunque unos y otros lo utilicen con muy distinta intensidad.

¿*Vebor* necesita un protocolo germinal? Cuánto más se parezca a su forma de operar y proceder, cuánto más concordante resulte ser, mejor.

El cerebro procesa señales en el espectro para los que sus sentidos son competentes y con intermediación de la tecnología, que previamente ha creado, procesa señales en espectros que sus sentidos no perciben. El cerebro dispone de capacidades conceptuales para interpretar el cúmulo de señales para las que sus sentidos no son aptos. Las capata y transforma para que puedan ser procesadas por sus sentidos y a renglón seguido, relacionarlas, compararlas y crear nuevos horizontes, hacia lo más pequeño, que le constituye, y lo más grande, de lo que es parte. El cerebro puede —repárese en ello— ir mucho más lejos que lo que los sentidos, estrictamente, le permiten. Su potencia computacional, relacional, le permite fijar conceptos, acciones y retos.

Sabemos que es capaz, ya lo ha hecho, de organizar sonidos y atribuir a cada uno de ellos un significado. También sabemos que el sonido, en sí, carece de significado hasta que una comunidad, varios cerebros, comparten su valor. Sabemos que ha creado imágenes caligráficas para dicho sonido, una forma de grabar y organizar la trascendencia, haciendo participar a otro sentido, la vista. Sabemos que no solo almacena datos o señales, sabemos que las relaciona, las compara y que todo, en conjunto, le permite establecer nuevos retos. Pero sabemos, asimismo, que el conjunto de señales están filtradas, por sus propias necesidades, oportunidades y el afán de trascendencia, para satisfacer sus propios objetivos, a saber, cómo imagina cada cerebro que debe ser su supervivencia y anticipación (SIA o Sistema Integral de Alertas) y cómo compensar sus desvelos (SIE, Sistemas Integral de Estímulos).

La expresión oral y escrita creada por el cerebro, se caracteriza, resumiendo, del siguiente modo:

Audición. *El cerebro diseñó los idiomas que estamos utilizando para el sentido auditivo, en esencia porque el hombre dispone de potencia fisiológica para recibir (sistema integral del oído) y emitir (sistema integral de la cavidad buco-nasal).*

Trascendencia. *El cerebro le otorgó caligrafía para grabar contenidos y asegurarse la trascendencia de los mismos (compartirlo con otros cerebros distantes entre sí o de otras generaciones). Creó un sistema para añadir a su propio conocimiento el conocimiento de otros cerebros.*

Unidirección. *El lenguaje actual, formalizado y organizado, en su forma fonética y caligráfica, sigue una línea discursiva, cerrada, bloqueada, que impone el emisor.*

Cobertura. *El cerebro posee recursos, propios, esto es, conocimiento, para dar cobertura a la expresión oral y escrita, relacionar señales, compararlas y establecer nuevos horizontes. Sin dichos recursos, la utilidad de la expresión oral y escrita que utilizamos, sería irrelevante.*

Trasposición. *El cerebro lo sabe desde hace tiempo. La expresión oral y escrita es altamente ineficiente para múltiples misiones. Consume mucha energía seleccionando o extrayendo lo que le conviene e interpretando y comparando lo que selecciona. La trasposición de palabras en señal (lo que procesa el cerebro) y al revés, las señales en palabras, es altamente ineficiente con grandes pérdidas de contenido, lo que resuelve añadiendo ambigüedad, lesionando aun más, si cabe, la rentabilidad del lenguaje que usa.*

Es aquí, en el último episodio, donde el cerebro, cansado, hartado, se moviliza en la búsqueda de una expresión, un sistema de comunicación integral, más eficiente, de mejores rendimientos, con transposiciones (señal/palabra) más eficientes, evolucionadas, que decanten y aislen la ambigüedad no deseada. Sus mejores resultados, hasta la fecha, los ha cosechado procesando datos (simplificación) y conceptos bien acotados. Necesitará, por tanto, trabajar en dicha dirección, categorizando mejor el conocimiento que ya posee, con una mejor semántica (**reingeniería conceptual**). La reingeniería favorecerá las misiones de computación e influirá en la estructura del «significante». El cerebro

procesa imágenes con ayuda de la tecnología y procesa, asimismo, textos computando conceptos, palabras o asociaciones de palabras.

Lo hace utilizando argumentos y reglas para tomar decisiones. Utiliza potentes discriminadores (de base tecnológica) en la búsqueda de lo que necesita. El cerebro, con intermediación de los hitos tecnológicos y científicos que ha construido, ha subido peldaños que siempre quiso subir: mejorar su éxito en la comunicación.

CEREBRO limitado y el lenguaje del futuro

El cerebro utiliza estrategias de especie. Suma a otros cerebros. Crear un lenguaje para el sistema auditivo y visual es un éxito colectivo, un éxito de más de un cerebro. La mayor eficiencia del lenguaje visual, caligráfico e ideográfico (muy aleatorio y den muy escasa formalización) es que exime al cerebro del deber de almacenar innumerables datos, consciente de sus limitaciones y capacidades. Almacena la información mediante el sistema caligráfico e ideográfico y sonoro en distintas bases de datos (libros, videotecas, filmotecas, museos, móviles, computadores o servidores), haciendo acopio de sus hallazgos, y utiliza, computa y procesa, intensamente, lo que más le conviene para sus metas.

¿Existen cerebros con mayor capacidad para almacenar y procesar imágenes de origen fotónico, corpuscular? Desde luego que sí aunque en rangos muy débiles en comparación con los ingenios que el propio cerebro ha sido capaz de diseñar y producir, desde luego, en su auxilio. ¿Puede el cerebro almacenar y registrar señales de manera ilimitada? La respuesta bien la conocemos. Rotundamente, no. ¿Cuál es el límite? Depende de los cerebros y el adiestramiento de los distintos cerebros para distintas tareas.

El nuevo estadio alcanzado por el cerebro en el procesamiento de señales, le permite dar un paso hacia adelante y proponerse como tarea el diseño de una agilidad, *Vebor*, que responda a nuevos requisitos:

Desbloqueo sintáctico (Fig. 3 y 4). *La narración estará dispuesta «de fuera hacia dentro»; desde lo general, desde el concepto precipitante a lo más particular y viceversa. El cerebro podrá elegir las líneas verticales, de fuera a dentro, que más le convenga o interese, con libertad para desplazarse en horizontal o en forma oblicua a donde le interese, en busca de otras líneas conceptuales o relacionales. Será preciso una nueva sintaxis que desbloquee la unidireccionalidad actual, la rigidez actual, haciendo navegables de forma nativa, los contenidos.*

Reingeniería semántica. *Refuerzo conceptual y relacional o reingeniería del conocimiento, desechando palabras vacías de contenido, favoreciendo los vínculos conceptuales y relacionales. Hacer visible el conocimiento oculto, ofuscado, con sucesivas capas de lodo (simulacro de conocimiento), es el más importante resultado de la reingeniería semántica.*

Automatización. *Una nueva sintaxis y mejor organización semántica tiene que facilitar la comunicación cerebro|cerbero, cerebro|máquina y máquina|máquina.*

Integridad. *La comunicación nunca está aislada. El mensaje, la conversación, el artículo, el libro... cuando termina no se agota, está conectada al conocimiento global y puede ser explorado, si se necesita, con continuidad, si se necesita.*

A muchos sorprenderá la abundancia de requisitos que tiene que cumplir la estructura de *Vebor*. Son minucias, en verdad, si se compara con las reglas del «significante» de los actuales idiomas y no se dice que *Vebor* no las tenga, requiera o necesite, sin demérito alguno. Lo que se pretende es eficiencia, éxito en la comunicación. La aparente abundancia de requisitos,

de formalizaciones conceptuales, se explican mejor, admitiendo, como punto de partida, las dificultades dramáticas derivadas del descolgamiento de la sintaxis de los actuales idiomas, consolidadas a lo largo de milenios y que imaginamos inamovibles y, a mayores, por incompreensión, de origen incierto o esotérico.

Computamos sonidos de vocales y consonantes, computamos sílabas (lengua española), computamos asociación de sílabas, computamos palabras y asociación de palabras, computamos oraciones y asociación de oraciones. Las posibilidades combinatorias son explosivas. Nos proporcionan una sensación de ausencia de límites que se corresponde mal con la evidente escasez de «significado».

Alejarse o admitir la crisis de la estructura del «significante», no es sencillo para nadie y tampoco para nosotros. También sufrimos aunque no por ello abdicamos del propósito. Nuestro cerebro nos dicta, ustedes los experimentan y sienten, sin poderlo impedir, la imperiosa necesidad de acometer, al servicio de *Vebor*, un nuevo modelo sintáctico para acometer las labores de reingeniería semántica, la tarea que consideramos más urgente y que más adelante exponemos.

Las estructuras que producen alivio al cerebro, que reducen su esfuerzo computacional, contribuyen a su éxito. La energía que recupera puede asignarla a misiones más analíticas o creativas.

El cerebro ya está listo, usando la tecnología que ha creado, para producir un nuevo hito: la construcción y diseño de un lenguaje para sí, directamente, con una nueva sintaxis y una mejor reingeniería semántica, navegable y concebido, en origen, para integrar a todos los sentidos de manera eficiente, evitando confundirlos, más intuitivo, mejorando en grado muy alto el rendimiento de la sintaxis. A saber, un lenguaje, más eficiente y de alto rendimiento.

Ofrecemos la perspectiva más ambiciosa del cerebro y que no pueda ser alcanzada de inmediato, de hoy para mañana, por arte de birlibirloque, no supone

que falle como horizonte. La actual sintáxis, la actual estructura del «significante» ha necesitado siglos, milenios, hecho que nos obliga a pensar que nuestro propósito no será fácil y rápido. No consumirá siglos porque nuestro estadio de conocimiento, científico y tecnológico, nos permita acortar periodos, empero, llevará su tiempo. Nosotros ponemos los primeros «ladrillos» y sentimos orgullo por ello.

Una novela encadenada con artículos, preposiciones, pronombres, adverbios, adjetivos, nombres comunes y propios, verbos, tiempo y espacio, posee una coherencia discursiva, lineal, bloqueada.

Si la escritura estuviera soportada por el nuevo lenguaje, *Vebor*, su estructura y composición variaría, notablemente. Y lo que vale para una novela vale para un ensayo, para un texto científico o un poema y con más motivo si las expresiones o formatos descritos tienen como sustrato el conocimiento. El lector podría navegar por el contenido, verticalmente, «de fuera hacia dentro» y viceversa, a través de un personaje, a través del tiempo, a través de un lugar, de un concepto, un vínculo... Y podría, naturalmente, trasladarse de línea (desplazamiento horizontal) de variadas maneras como variadas son las necesidades de cada cerebro y variados los vínculos que mantienen los hechos. No todos los cerebros leen de igual modo una novela y computan o procesan de iguala manera los numerosos ingredientes que la componen.

Al cerebro no le gusta malgastar el tiempo, que sabe escaso, ni siquiera cuando se divierte. Al cerebro no le gusta malbaratar sus potencias, que sabe escasas. El cerebro posee sus propias estrategias de comunicación, la dramatización y su evolución por todo tipo de soportes muestra lo que decimos.

Las teatralizaciones (radio, escena, video, películas, documentales...) avanzan reemplazando al viejo texto discursivo, engorroso y constitutivamente ambiguo (el cerebro lo pensó para el oído) y acertó. Lo hizo bien

cuando lo hizo. Ahora, se propone una nueva estrategia que calcula más eficiente y de mayor utilidad.

Los libros de texto se acompañan con imágenes y cuando corren por soportes informáticos incluyen dramatizaciones de todo tipo (animaciones). Mejor que una conferencia con diapositivas lo es una dramatizada aunque solo intervenga la voz y el cuerpo del ponente. Si incluye imágenes como parte estructural de la dramatización, tanto mejor. El cerebro prefiere las dramatizaciones por su alto contenido, porque identifica mejor el «significado» y lo somatiza con mayor eficacia. El SIA y el SIE procesan con mayor facilidad y eficacia las señales.



Argumento SiSVA



SiSVA OPERA como un nuevo protocolo de comunicación (**Sistema Sujeto, Vinculo, Acción**). Es acrónimo equivalente a las reglas de la gramática universal que posee la especie. El sujeto, el Estado de los Vinculos y el Estado de las Acciones conectada a sus partes más pequeñas y descriptivas

Unir cerebros, unir máquinas y unir cerebros y máquinas, lograr que puedan comunicarse con eficacia —comunicación del alto rendimiento—, no es tarea que pueda considerarse trivial. Los cerebros tienen requerimientos distintos, pueden administrar incertidumbre, errores y diferir o prescindir de la recompensa. Pueden soportar dolor, ser apasionados y, también, extraordinariamente agresivos en busca de recompensa o resarcimiento. Tiene capacidad para inducir vida y provocar la muerte. Hablamos de variables que añaden los cerebros, susceptibles de acotación semántica. Porque los cerebros, lo recordamos una vez más, procesan señales y transmiten órdenes.

Hablamos de señales (electromagnéticas), de su codificación, empaquetamiento y desplazamiento, que realiza el cerebro, tiene competencias nativa para ello, y que realizan las máquinas por el creadas y las que en adelante añada.

Al idear, construir, el lenguaje soportado por el sistema fónico/auditivo, codificando fonemas, el cerebro lograba transformar señales electromagnéticas

en sonidos codificados y al revés, sonidos codificados en señales electromagnéticas, experiencia de gran trascendencia para acelerar la difusión del conocimiento entre generaciones y dentro de una misma generación. La transcripción de sonidos a formas caligráficas, contribuyó, con idéntica fiereza, a la propagación del conocimiento, ensanchando e intensificando la comunicación y diálogo entre cerebros. La experiencia que posee el cerebro, explotando dicha estrategia, es muchas veces milenaria y suficiente para conjeturar que el cerebro se propone un nuevo salto cualitativo:

1. *Disminuir la pérdida de contenido cuando transcribe señales electromagnéticas en fonemas y formas caligráficas y viceversa.*
2. *Integrar el lenguaje (sumar la codificación que realizan los sentidos a la que realiza el cerebro cuando conceptualiza y formaliza el conocimiento), para prolongarlo a las máquinas.*

En la descripción del sujeto el cerebro ha trabajado mucho y con éxito. De igual modo que una máquina tiene identidad única para permitir la interconexión entre máquinas (entre usuarios), las personas, de igual modo, tenemos nuestra propia y singular identificación, numérica y biológica o fisiológica. Ya la tenemos. Y se puede profundizar en ella para obtener una codificación universal, única y sencilla. Separaríamos, en dicho lance, si se necesitara, la identificación de la máquina (IP) de la del usuario (DS). Y, a mayores, el Argumento SiSVA codificaría el contexto si pertenece al SIA (Sistema Integral de Alertas) o al SiE (Sistema Integral de Estímulos) o a ambos. Añadimos una hipótesis de trabajo para su codificación.

Sistema. *SIA (Temor, Necesidad, Oportunidad, Trascendencia) y SIE (Oportunidad).*

Sujeto. *Máquina, Persona física, Persona Jurídica o colectiva.*

Acciones. *Desplazamiento, espera, uso, rastreo, cálculo, comparación.*

Vínculos. *Pertenencia, Orden, Influencia, Consistencia.*

Contextos, vínculos o acciones susceptibles de categorización —clases, características y singularidades—. Categorización (reglas y argumentos) imprescindible para constituir una nueva sintaxis más expresiva que aminoren la pérdida de contenido en la transcripción señales/palabras, cuando emitimos y cuando recibimos palabras habladas y escritas, cuando escribimos y cuando leemos. La categorización funcional, una nueva formalización reforzará la eficiencia de la comunicación.

Entre las acciones y los nombres propios/comunes implicados, tiene que mediar el contexto y el conocimiento que ya posee el cerebro para desentrañar su significado. La adecuada categorización (reglas y argumentos) y la navegación por el contenido reducirá engorro y proporcionará contención para limitar o eliminar la ambigüedad no deseada. Lo que no sea una acción será un cosa o sujeto, adecuadamente codificado como «fonema, ideograma (animado o no) o señal electromagnética», con su abanico de vínculos de distinto gradiente, en el contexto adecuado.

PROCESA conceptos, toma decisiones y transmite órdenes

Los conceptos, tan necesarios para el cerebro con los que toma decisiones y transfiere órdenes, necesitan definición y requieren contexto. La tecnología y nuevas estrategias sintácticas y semánticas, pueden facilitarnos la definición y pueden, simultánea o sucesivamente, facilitarnos el contexto que les corresponde.

La diferencia cualitativa entre el hombre y la máquina, se produce, desde el punto de vista de la computación, en la fase intermedia, en la «toma de decisiones». El cerebro toma decisiones con sus propios argumentos, a la postre con reglas, con valores objetivos y objetivables y también con temor, necesidad, oportunidad o por afán de trascendencia. Reglas y va-

lores que interactúan, que se añaden al propósito de la comunicación y que constituyen los argumentos que dan consistencia al corpus de la comunicación.

Cuando dos máquinas conversan, utilizarán las reglas que administran al corpus de la comunicación. Cuando la conversación la establecen un cerebro y una máquina, la máquina incluirá una porción de los argumentos que necesita el cerebro. Y cuando sean dos cerebros los que se comunican, los argumentos de la comunicación, las reglas, incluirán, las acciones que les son propias.

Pareciera, en todo caso, que existe abundancia de conceptos cada uno de ellos con su específica definición, difícilmente abarcables, mírese el tamaño del Espasa Calpe, la Enciclopedia Británica o Wikipedia. Decimos nosotros que tal abundancia es solo aparente. Tal prodigalidad está generada por la combinación de conceptos matrices y es tarea —reingeniería semántica— que puede automatizarse, utilizando las potencias tecnológicas.

¿Lo que decimos equivale a afirmar que existe menos conocimiento del que imaginamos tener? La respuesta correcta, por paradójica que resulte, es «sí», en efecto. Sabemos que es insuficiente y que además está expuesto a numerosas contingencias. El conocimiento, después de la preceptiva reingeniería semántica, será cuantitativamente menor y, no obstante, cualitativamente superior.

La sintaxis actual confunde, porque confunde a los sentidos y termina ofuscando al cerebro y el cerebro lo sabe. Poco importa que él mismo sea responsable. El cerebro juzga, ahora, que ha llegado el momento, ahora puede, de superarla y superar una confusa organización semántica (conceptualizaciones vacías de contenido o inconsistentes y con carga polisémica de magnitudes improcesables para el hombre y para la máquina).

La reingeniería semántica facilitará el trabajo de embridar y subordinar al «significante».

EXPRESIVIDAD. Objetivo del cerebro

Sin dudas, sin cuartos para el titubeo, el cerebro no puede permitirse la licencia de despreciar o desperdiciar recursos. No ha sido esa su estrategia a lo largo de la historia de la Humanidad, al contrario. Su exagerada dependencia de la comunicación, le obliga a:

1. **Redoblar la eficiencia.** *Es un órgano que consume mucha energía y no le es fácil acopiarla.*
2. **Mejorar sus recursos expresivos.** *Nunca ha tenido el cerebro reserva en tal sentido (expresiones morfológicas, gestos, sonidos, formas, representaciones...). Cualquier recurso expresivo, a mayores, que contribuya a la eficiencia energética lo acogerá con gratitud.*

Comprender, entender y gestionar lo desconocido o la incertidumbre son tareas que acomete el cerebro y que requieren un alto consumo energético. Nada deben tener los poetas y escritores, los artistas. *Vebor* les brindará una nueva perspectiva, de mayor potencial, para su afán creativo. El hombre dista mucho de haber agotado su capacidad para la perplejidad y el asombro. Sigue siendo más, mucho más, lo que desconocemos.

¿Seguiremos utilizando, cada idioma el suyo, el arte caligráfico como hoy lo conocemos, un arte que transcribe en formas los fonemas? ¿Seguiremos utilizando los fonemas tal como hoy los conocemos, utilizando, exclusivamente, nuestro aparato fonador? Todo indica que el cerebro se mueve en la búsqueda de nuevas soluciones expresivas de más alto contenido y rendimiento y que, ha nuestro aparato fonador, se añadirá la tecnología para producir nuevos fonemas. Y que nuevas formas, caligráficas o ideográficas, se añadirán a las actuales, al servicio de las nuevas estrategias conceptuales. Será un camino a explorar, evolutivo, y *Vebor*, en tanto agilengua, realiza lass primeras aportaciones.

Las dramatizaciones, el caso más común es el cine, utiliza un arsenal de recursos de comunicación que se añaden al lenguaje, para codificar el contexto. Añade tres dimensiuones, profundidad de campo, movimien-

to... suspense, miedo, alegría... Son recursos que de una u otra manera se corresponden o rinden tributo al SIA o al SIE. En la cultura popular existen sonidos, interjecciones, y expresiones (usando el cuerpo, con gestos) que hacen referencia al contexto. En el juego (las señales de aviso y engaño), las distintas llamadas que hacen las campanas, los distintos silbidos que usan en la Isla de Hierro. Los sonidos, gritos, alaridos para acarrear el ganado o los mensajes cifrados con sonidos o mixtos, tan antiguos como la humanidad. Las emociones que se experimentan ante una película, están contenidas en un guión. Las ha producido —y codificado— el cerebro y el director y actores las ponen en escena como lo creen más oportuno.

La expresividad, mejorarla, es un reto constante del cerebro, un impulso vital del que no puede abdicar y nos atrevemos a decir, que ni queriendo. Existen las competencias nativas, deudoras de nuestra naturaleza y que nos permiten afirmar, con Steve Pinker, que *“un recién nacido no es una hoja en blanco”*. La naturaleza barrerá todas aquellas estrategias que aminoren nuestras habilidades en el arte de la representación o que impliquen pérdida de expresividad.

Chomsky hizo un esfuerzo impropio para demostrar que el cerebro humano contiene un número limitado de reglas para organizar el lenguaje su fin, obtener «significado» que constiuyen los cimientos de la gramática universal. Añadimos nosotros, fruto de la experiencia y la observación, que también poseemos un número muy limitado de «conocimiento» y que mucho conviene a la humanidad procurar su reingeniería, eliminando ruido, inconsistencia y polisemia involuntaria.



